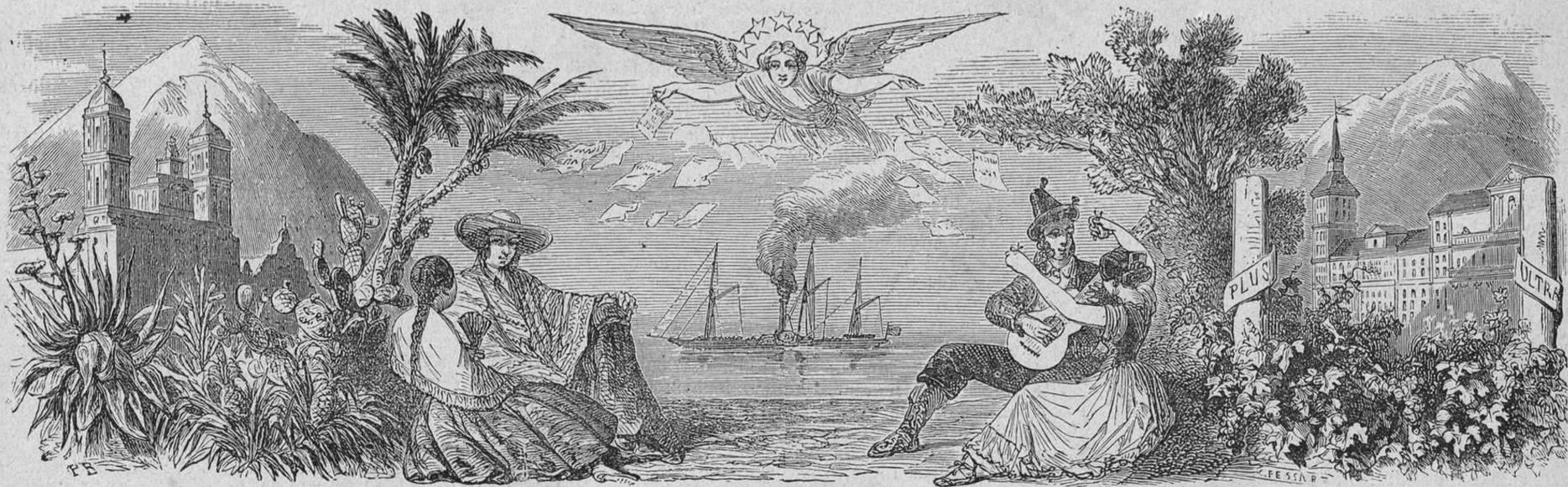


Lider

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 783.

SUMARIO

Catástrofe de las minas de Blanzv; grabados. — Estudios literarios. — Ecos madrileños. — El fenianismo en Ingla-

terra; grabados. — Revista de Paris. — Poesias. — Correspondencia de Roma; grabado. — Correspondencia de Méjico; grabados. — El aniversario de la Escalada en Ginebra; grabado. — Luciana. — La filosofia trascendental. — Los archi-

vos y el Museo de los Archivos del imperio francés; grabados. — Despues del dia de Año nuevo; grabados. — Debe y haber. — Problemas de ajedrez; grabado. — M. Dreyse; grabado. — La escala colérica; grabados.



CATASTROFE DE LAS MINAS DE BLANZY. — Vista general del pozo llamado de Cinq-Sous.

Catástrofe en las minas de Blanzý

(FRANCIA).

El 12 de diciembre último, á eso de las once de la mañana, hubo una espantosa explosion en el pozo de extraccion llamado de *Cinq-Sous*. Era una explosion de fuego *grisu* (gas hidrógeno carbonado) de una violencia tal, que el ingeniero Poumairac y los operarios que se dirigian hácia el pozo para subir, fueron arrastrados por la corriente de aire, medio asfixiados, y les costó muchísimo trabajo llegar á un punto en donde hubiese aire respirable. Únicamente el ingeniero tuvo bastante fuerza para llegar con un muchacho adonde estaba la jaula de subida, en la que entró dando la señal de que tiraran.

Informados de la desgracia que acababa de ocurrir, los señores Leoncio Chagot, director-gerente de la explotación, Reydellet, ingeniero en jefe, y La Goutte, ingeniero divisionario, se apresuraron á marchar al lugar del siniestro, y se hicieron bajar con unos cuantos trabajadores de buena voluntad al piso inferior del pozo, para emprender el salvamento; pero ya les habian precedido en esta operacion tan peligrosa un minero llamado Juan Saunier, presente en el momento de la explosion; en cuanto se dispó el humo que salia por el orificio del pozo, se hizo bajar á riesgo de su vida y se encontró con el ingeniero en jefe.

Mientras se prodigaban los primeros socorros á las víctimas, acudia la multitud por todas partes, así como acudian tambien la gendarmeria y las autoridades. Mucho trabajo costó el contener en las inmediaciones del pozo á aquella muchedumbre que trataba de reconocer entre aquellos cuerpos ennegrecidos, mutilados ó carbonizados, un hermano, un marido ó un hijo. Sin embargo, se consiguió restablecer el orden, y se pudo proceder al salvamento: á las cuatro de la tarde se habian sacado cuarenta y nueve cadáveres de las galerías, y se habian llevado al hospital diez y seis heridos.

A la primera noticia de tan horrible acontecimiento, llegaron los ingenieros del gobierno Tourner y Chosson, mientras se procedia al salvamento, y no cesaron de ayudar á los ingenieros de la compañía y de animar á los trabajadores.

El prefecto no esperó su llegada para trasladarse á los puntos mas peligrosos. Un ayudante del emperador se presentó con un socorro de 20,000 francos, á los que se juntaron 10,000 francos enviados por el ministro del Interior. El director del Creuzot, M. Schneider, mandó tambien 5,000 francos, y una suma igual la caja de socorros del mismo establecimiento. Por todas partes se hacen suscripciones en favor de las familias de las víctimas.

El entierro ha sido tristísimo: casi toda la poblacion acompañaba á los cincuenta y siete féretros. Las autoridades del departamento, todo el personal de la compañía de minas de Blanzý, los directores é ingenieros de minas del Creuzot y de Montchanain, asistieron tambien á la fúnebre ceremonia.

Concluyamos con algunas cifras que son harto elocuentes. Esta terrible catástrofe, que unánimemente se dice no habia sido posible prever, ha costado la vida á 82 obreros; 17 han recibido heridas graves, y 28 están heridos levemente.

J. D.

Estudios literarios.

GOETHE.

(Conclusion.)

» Sucede que en la situacion mas feliz que cabe imaginar, la falta de actividad, junto con un vivo deseo de accion, nos precipita á la urgencia de la muerte y á la sed de la nada. Pedimos á la existencia mucho mas de lo que puede darnos; y no pudiendo ser duraderos ni conformes con el inmenso anhelo de nuestras sensaciones estos exorbitantes impuestos que le exigimos, apetece, insensatos de nosotros, librarnos de una vida que no corresponde ya á la altura y exigencia caprichosa de nuestros pensamientos.

» Sé cuántos sufrimientos me han costado todas estas especulaciones, y tambien sé cuántos esfuerzos he debido hacer para librarme de su constante importunidad; la nombradía que ha tenido Werther me ha probado despues que estas mismas ideas enfermizas no me eran particulares; así pues no ocultaré estos dolores que padecí con los hombres de mi siglo, ni estas meditaciones sobre el suicidio que absorbieron gran parte de mi juventud.

» Lo confieso; todo me parecia monótono en la vida. Entregado al disgusto, insensible al amor, ya no oia aquella dulce voz de la naturaleza que nos llama á intervalos fijos á gozar de sus maravillosas metamorfosis; situacion que puede compararse con la sordera del desgraciado, cuyo oido lastimado no percibe ya ningun sonido.

» Lessing, uno de nuestros críticos mas sobresalientes,

se enojaba contra el eterno verdor de la primavera, y hubiera querido, para variar, que las hojas se hubiesen teñido de púrpura ó de azul, en vez de vestirse siempre del mismo modo.

» He conocido á un inglés que se ahorcó para librarse del fastidio de vestirse diariamente, y á un honrado jardinero, que exclamaba, apoyado en su azadon con el mayor desconsuelo:

» — ¿Habré de ver siempre esas malditas nubes que pasan de uno á otro extremo del cielo?

» A veces el poder de esta dolencia moral es proporcionado á las prendas y virtudes del desventurado que la está padeciendo. El favor de los grandes, el capricho de las amistades y amores, todos los incidentes del destino humano, hieren á un alma harto irritable y calenturienta: siempre desvalidos en nuestras luchas contra nuestros vicios, nos fatigamos en esta lid interminable. Recaemos continuamente en los mismos errores que están enlazados en ciertos casos con nuestras mismas virtudes, y desahuciados de separar aquellos de estas, desesperados de nuestra incurable flaqueza, nos determinamos á triunfar de ella con una estocada.

» Tales eran los pensamientos, cuya atmósfera peligrosa embriagaba mi imaginacion oscurecida. Habia meditado por mucho tiempo sobre los varios medios de que puede servirse el hombre para librarse de la existencia.

» La muerte de Oton excitaba particularmente mi asombro: vencido, pero dueño todavia de una parte del mundo, piensa con dolor en las víctimas con que su ambicion cubrirá en breve los campos de batalla, y se resuelve á no cometer este crimen, á salir de la vida, y renunciar al imperio y á la luz del dia.

» Sus amigos, convocados para un gran festin, están ajenos de penetrar el intento de su emperador y del héroe. Y al dia siguiente por la mañana, le encuentran en su lecho, sosegado y con un puñal en el seno. Este es, entre todos los suicidios, el que ha probado en su autor mas fuerza de alma y libertad de espíritu.

» Yo poseia una hermosa coleccion de armas antiguas, entre ellas un puñal de forma elegante, ricamente guarnecido y cuya aguda punta, dirigida por una mano certera, hubiera ejecutado en pocos instantes lo que Shakspeare llama el *grandioso acto romano*.

» Mas de una vez le apoyé contra mi seno: faltóme la fuerza, y no tardé en conocer que aquella sed de muerte no era en mí mas que la fantasía de una lúgubre ociosidad. Reíme de mí mismo, y quedé sanado. Sin embargo, me atormentaban todavia los mismos impulsos de tedio que me habian molestado.

» Necesitaba una obra poética donde pudiese consignar, para descanso mio, estos tristes pensamientos; solo expresándolos podia darles vuelo y librarme de ellos.

» Esparcióse á la sazón la noticia de la muerte del joven Jerusalem, y al punto quedó trazado el plan del Werther; la obra, concebida de repente, fué escrita del mismo modo, y las fantasmas que acababan de acosar mi juventud tomaron una realidad que completó mi curacion.

Así Werther, al que echaron en cara tantos críticos el falso sentimentalismo del pensamiento y estilo, era una obra eminentemente veraz, en cuanto á su autor y á su época. La queja apasionada cuyo eco era Goethe emanaba del regazo de la Europa doliente. Respondieron á esta llamada numerosas voces imitadoras, y todas las naciones que tuvieron su Werther.

Alzóse de repente una raza lamentable y aciaga, y resonó otra vez la Alemania con los lúgubres gritos de aquellos *Kraftmänner* (hombres poderosos y fuertes), como ellos mismos se apellidaban; pero su pujanza no era mas que impotencia, y su fuerza no era mas que flaqueza. Goethe, que habia sido el primero en dar aquel grito de dolor, conoció la ridiculez de sus discípulos, tomó otro camino, y creó á Gøtz de Berlichingen.

Mal hallado siempre con lo presente, ya no busca Goethe un asilo en el abismo de un reposo eterno; vuélvense sus ojos á los siglos pasados, tiempo de pujanza y energía, época de hierro y de bronce; tiende á los siglos que ya no existen un triste recuerdo y una mirada de pesar y de dolor; desenvuelve otra vez la misma idea, ó mas bien el mismo fastidio que agitaba la Europa.

Así como Werther habia dado la señal de un sentimentalismo escéptico, de una afectacion pintoresca y de una melancolía universal, así tambien Gøtz de Berlichingen hizo nacer un sinnúmero de dramas caballescicos, cuyos títulos yacen olvidados. Pero el influjo real de estas dos obras fué mas allá; Byron se inspiró con los lamentos de Werther, y Walter Scott empezó su carrera literaria con una traduccion del drama alemán.

Sin duda esta tarea de su juventud decidió las inclinaciones intelectuales del autor inglés; y es muy de notar que todas las obras en que se funda la gloria del novelista moderno versan sobre la pintura de aquellas costumbres y la representacion de aquellos antiguos hábitos que el número poético del poeta alemán habia sido el primero en exhumar.

Dos nuevas sendas se abrieron bajo la influencia de estos dos ensayos del joven Goethe: una para los analistas del corazon humano, llamados á reproducir en su compleja y mórbida diversidad las miserias íntimas de la civilizacion; y otra para los hombres dotados de bastante sensibilidad é imaginacion para hacer revivir lo pasado en sus pormenores y en el conjunto.

Aquí termina la primera época de su talento; en ella se encuentra todo el ardor y descontento que hervia en la sociedad contemporánea. Confúndense en ella el

entusiasmo y la causticidad, y se respiran el tedio de lo presente, el vago anhelo de lo pasado, y la desesperacion de mejor porvenir.

Reconócese allí una fuerza irregular. Vamos á ver una nueva era abierta para Goethe, y en ella se clasificarán y coordinarán de suyo elementos llenos de ardor.

Durante seis años enteros trabajó Goethe sin descanso en la obra singular que debia servir de expresion á este segundo desarrollo de su pensamiento; obra juzgada diversamente, y á menudo mal interpretada, que ha sido objeto de críticas vehementes.

El *Aprendizaje de Wilhelm Meister* ofrece un enigma familiar, un símbolo poético, cubierto y velado con formas campesinas, un tratado de filosofía y de estética revestido de una cubierta trivial y comun. Así en Inglaterra como en Alemania, la publicacion de este libro fué acompañada de un largo murmullo causado por la esperanza frustrada.

¿Cómo, se decian, es posible que el elocuente autor de *Werther* se deleite en trazar las escenas menos interesantes de la vida comun! ¿Qué decadencia, qué motivo de sorpresa!

A los unos parecían la obra inmortal, y á los otros llena de pedantismo y sobre todo de fastidio. Los críticos ingleses no encontraban en esta novela cosa alguna que recordase los usos de la buena sociedad ni la elegancia de las costumbres.

Novalis, poeta y filósofo espiritualista, descubria en *Meister* una tendencia al materialismo y una abnegacion de los pensamientos sobrenaturales; abnegacion que desaprobaba altamente.

Muy árduo es agradar á todo el mundo, y Goethe habia hallado el secreto de no agradar á nadie. En unas partes le acusaban de misticismo, en otras de deista y de un ateo, hasta que al fin Federico Schlegel consignó en un ensayo crítico su juicio sobre *Meister* y el valor que daba á esta obra: desde entonces se dió la señal, y la voz pública, mudando gradualmente de tono, proclamó en Alemania á *Wilhelm Meister* como una de las obras maestras de su autor.

No la juzguemos con respecto al arte: ciñámonos á considerarla como un documento precioso para servir á la historia intelectual de Goethe. Sus obras anteriores traen el sello de la desesperacion; este nuevo escrito está rebosando esperanza.

Aquel joven, que no veía en el mundo mas que un enigma inexplicable, ha hallado su solucion: todo se ha aclarado, clasificado y serenado á sus ojos.

Quejábese de que la vida nada le ofrecia bastante elevado, grandioso y noble, y por fin ha descubierto que en este globo, aun los objetos y tareas mas vulgares en apariencia no carecen de idealidad. Aquella llama vagabunda de una imaginacion desenfadada ya no se pierde en vuelos fantásticos: se ha acrisolado sin despojarse de su fuerza, y ha conservado su poder volviéndose mas tranquila y provechosa.

La paz y la armonia se han alzado de repente del seno de elementos confundidos en una anarquía amenazadora. Hé aquí el significado del enigma que *Wilhelm Meister* presentó á los críticos; y para adivinarlo y comprenderlo no bastaba apreciar esta extraña narracion segun las reglas comunes; era forzoso conocer á Goethe y á su siglo.

El universo entero, la flor mas humilde, un grano de arena, una gota de lluvia en el ala de un pájaro, todo posee interés é idealidad poética, y para expresarnos mejor, la vida limitada y comun de las ciudades alemanas de tercer orden, esa existencia, tan reducida y prosaica en apariencia, encubre tambien gérmenes de poesía, pasiones, interés, dramas, pasion sublime y heroísmo inmortal.

*El hombre es en todas partes el mismo; el espíritu y la materia, el mundo físico y el moral coinciden y se confunde en todas partes con misteriosa armonia; y si no, mirad la aldea alemana en donde ha situado Goethe la escena de su novela.

¿Cabe algo mas comun que sus costumbres y menos fantástico que sus hábitos? Allí se reúnen un filósofo escéptico llamado Jerno y un comerciante de cortos alcances llamado Werner; Lotario y su tío, hombres de trato, cuya culta inteligencia se niega á todos los desvarios del misticismo; Filina, presumida, rebosando viveza y placer; un músico ciego y entusiasta, y finalmente una joven, ente que parece estar suspenso en los límites del dominio ideal y de la realidad.

En medio de estos personajes, que representan, digámoslo así, todas las gradierias de la escala, desde el mas completo prosaismo hasta el misticismo, se encuentra arrojado Wilhelm, en quien se ve al artista y se reconoce á Goethe.

Hace su aprendizaje, se entera del mundo y de los hombres; y vese cómo van colocándose en aquel cuadro inmenso todos aquellos matices tan varios, y de qué modo tintes imperceptibles reúnen los colores mas opuestos y separan los mas semejantes; estudia sus reflejos mútuos y sus influencias complejas, y aprende que la bondad del Altísimo ha encubierto bajo modestos velos gérmenes de felicidad, grandeza y esperanza.

Todo adquiere á sus ojos en el mundo y en la sociedad una importancia y un sentido profundo. En los juegos mímicos de aquellos niños vislumbra el nacimiento y desarrollo de las artes; en aquellos líteres una leccion del arte dramático, y en aquellas disputas é intimidades campesinas una revelacion del carácter humano. Cree, medita, espera, y tiene confianza en Dios.

Pero lo mas portentoso del talento de Goethe, es el haber mezclado todos aquellos tonos sin confundirlos,

es el haber transformado, empleando admirablemente medias tintas y el claro oscuro, aquella escena tan variada y compleja en un todo armonioso y despejado.

Allí, como en el mundo que habitamos, todo contrasta, y nada choca; una graduación insensible reconcilia, digámoslo así, las disonancias más opuestas.

Negocios, meditaciones, pasiones, sueños, quimeras, ilusiones, niñerías, sacrificios, heroísmo, errores, arrepentimiento y aun remordimientos; todo cuanto agita la vida de los hombres ocupa allí su lugar natural y se reviste de la significación más elevada.

Esta es la obra que los críticos modernos han zaherido alta y desapiadadamente como grosera, trivial, absurda y frívola.

Háblase en ella de objetos vulgares; sus héroes se sientan con frecuencia al rededor de la mesa del festín; los confites que se dan a los niños y el armario que encierra estas preciosas provisiones son objeto de predilección para los jóvenes, y por estas graves acusaciones se ha decidido que la obra no tenía ni sentido ni interés.

Sin embargo Schlegel, el más sabio y sagaz de los filósofos alemanes, se deleitaba con este libro pueril, y la desgraciada reina de Prusia no cesaba de leerlo.

La reina de Prusia no tenía nada de trivial ó de vulgar en el pensamiento ni en la conducta, y difícil es creer que el único libro en el que hallaba consuelo y serenidad estuviese tiznado con tan graves faltas. En realidad, es una de las obras más consoladoras y dignas de leerse: su moral es tan elevada como familiar su forma.

Muchas piezas dramáticas, como *Clavijo*, *Estela*, tienen relación con la primera época del talento de Goethe y el primer desarrollo de su ingenio, al paso que otras, como *Efjenia*, el *Taso* y *Egmonte*, son frutos de la segunda época, cuyo carácter acabamos de desenvolver. *Faust*, creación peregrina, está asestado contra el escepticismo destructor y el gigante poder de esa filosofía de la duda, cuyo resultado es la desesperación y la nada.

Al paso que Goethe entraba en años, una esperanza más mística y consoladora penetraba en su espíritu, y aquí empieza una tercera época, que es la de su vejez. Los colores del poeta se vuelven más suaves y etéreos; parece alejarse de él todo recuerdo de pasiones terrestres.

Componen las memorias de su vida, memorias cuya familiaridad ha sufrido también tantas críticas, poesías graciosas y tiernas, ensayos de estética, reparables por la profundidad y sosiego del pensamiento, el Intermedio de *Faust*, de que hemos hablado anteriormente, y la continuación de *Meister* y el *Wanderjahre*, fragmento singular más enigmático para la generalidad de los lectores que el *Lehrjahre* ó el *Aprendizaje* de *Winhelm*.

Desde aquel país real y campestre donde se ha instruido *Winhelm* en la utilidad de la vida humana, pasa a una región nueva, región de símbolos y de alegorías.

La primera de estas obras nos ofrece los accidentes vulgares de la existencia, y la segunda nos abre la perspectiva de las ideas religiosas y morales: utopía aérea, pero altamente conceptual, es para el siglo XIX poco más ó menos lo que fué la *Reina de las Hadas* para el siglo XVI. El plan de la obra es ligero y trasparente; pero la razón varonil constituye su fondo.

Encuétrase en ella una mezcla de alegría y pureza, de fuerza y de serenidad, de gracia y ardor, que caracteriza especialmente a Goethe. El pensamiento es de un sabio, la forma es de un poeta: todo lo que los hombres discuten y profundizan en el siglo en que vivimos está indicado en esta alegoría expresiva a la par que sencilla; la fe filosófica y religiosa del escritor está grabada en caracteres inmortales en este libro, que su autor publicó como un fragmento, pero que no por esto es menos completo.

Hemos seguido a Goethe por los tres dominios de su pensamiento; por aquella esfera de borrascas y de terrores que le inspiró *Werther*, por la segunda esfera de poesía emanando de la vida privada, y finalmente por el dominio de las ficciones puramente poéticas despojadas de todo vínculo humano.

El infierno, el purgatorio, el paraíso del poeta se encuentran en estos tres círculos; faltan sólo contraponer algunos fragmentos de estas diferentes obras, cuyo contraste hará resaltar mejor la verdad de la progresión que he descrito, y cuya regularidad sistemática podría hacer pasar por una hipótesis aventurada. La vida es un triste sueño a los ojos del joven *Werther*.

«Esto mismo han pensado muchos, y este sentimiento cruel agita mi corazón; ved en qué estrechos límites está encerrado el poder del hombre, adonde paran sus investigaciones y se termina su acción.

» ¡Cuántos esfuerzos destinados únicamente a satisfacer nuestras necesidades! ¡cuántas penas para continuar esta pobre vida, y cuántas dudas mortales sobre nuestro destino!

» Nos creemos muy seguros sobre ciertos puntos, y nuestra certidumbre es la de un sueño. Una senda risueña está delante de nosotros, pero es una quimera; pintamos con matices variados las paredes de nuestro encierro, y nos creemos libres.

» Todos los filósofos confiesan que los niños no saben lo que necesitan. ¿Y lo saben acaso los hombres? ¿Saben a dónde van y de dónde vienen? ¿Tienen acaso una idea más exacta de las cosas? Decidme qué cosas les gobiernan: un látigo, un bizcocho, un traje nuevo. ¡Pobres niños!

» De estas dos clases de niños, los más dichosos son los verdaderos niños, los que satisfechos con su suerte,

viven para el día sin ninguna zozobra para la mañana siguiente. ¡Dichosos entre los hombres los que se les parecen! Bástalessu muñeca. Saludan al cajón sagrado donde su mamá guarda el bizcocho, devoran el pedazo que les da, y exclaman con los carrillos llenos:

» — ¡Mas! ¡mas!

» ¡Afortunados mortales! tienen títulos pomposos para todas sus ocupaciones, sonoras perífrasis para cada una de sus pasiones; escuchadles: ¡Trabajan para el género humano y el porvenir! y el hombre que está viendo esto, el que en su profunda humildad reconoce lo poco que el hombre vale, su ardor en vivir y su impotencia para ser feliz, desciende en sí mismo, y alimentando en lo íntimo de su alma el dulce sentimiento de su libertad, se consuela de su servidumbre pensando que puede dejar cuando quiera este calabozo del mundo!»

Esta apología del suicidio, fundada en la desdichada suerte del hombre, su esclavitud en este mundo, la incertidumbre de sus acciones, y la vanidad de sus proyectos, compone toda la filosofía de *Werther*.

Dejemos al mismo escritor refutarse a sí mismo en un brillante pasaje que extractamos del *Aprendizaje* de *Winhelm Meister*.

«¿Por qué es tan desgraciado el hombre en esta vida? Porque la realidad no le satisface, porque aspira a mejor suerte, y no está lo que concibe y desea en armonía con lo que le rodea. Padece, sacude su cadena, y su vida es un correr perpétuo en pos de una felicidad que no pueden alcanzar sus esfuerzos, su tiempo, ni sus tesoros.

» Un solo hombre lo consigue; aquel cuya simpatía universal se extiende a todos los objetos, el que está conmovido de la sublime armonía del universo, en una palabra, el poeta.

» Sensible a todas las penas, capaz de todas las alegrías de la humanidad, consuela las unas, y aumenta y purifica las otras. Profeta, sabio, hombre divino, es el instructor y consolador del mundo; tiene las alas del pájaro, descansa en las sublimes cumbres, surca los mares, labra su nido en bosquecillos olorosos, y se cierne sobre las bulliciosas ciudades que embriaga con sus cantos.

» Los demás sueñan, y él vela. Concibe lo pasado en sus relaciones con lo presente, y lo presente en sus relaciones con el porvenir. Este linaje sublime de los verdaderos poetas se extingue; pero fué un tiempo en que avasallaba la veneración del mundo. Entonces su voz salía de su retiro como la voz del ruiseñor de la floresta, y todos se detenían para oírlo.

» Sentábase a todos los hogares, y la hospitalidad le franqueaba todas las mesas; ricos de pensamientos y melodías, no necesitaban otra opulencia. El héroe los escuchaba, el conquistador los admiraba, y sentado en su carro de triunfo, comprendía que el huracán de su poder y gloria pasaría en breves instantes, y que solo los labios del inspirado poeta podían estamparlos en la memoria del porvenir.

» Los poetas fueron los primeros pontífices y crearon los dioses, nos han elevado hasta el trono celeste, ó han bajado hasta nosotros el poder divino. El único medio de librarnos de los dolores de la vida es asemejarles en esta vocación sublime y elevarse sobre las penas de la humanidad, no aislándose, sino simpatizando con ella por una profunda y universal benevolencia.»

Goethe, considerado como poeta y moralista, ofrece el ejemplo peregrino y el dechado casi ideal del poeta, tal cual acaba de describirlo. Los pueblos le honraron, visitáronle los reyes: vivió en la intimidad de los príncipes, y la doncella del pueblo canta sus odas. En medio de una época de conmociones é incoherencias, su vida es una noble y generosa anomalía; no se le puede imputar vil condescendencia, codicia deshonrosa, ni manejos secretos; su santuario y elegante retiro nada tienen de austero ni misántropo.

Sus costumbres puras llevan el sello de la dignidad y de la gracia; poseen el carácter de una civilización muy perfeccionada, sin que en ella se eche de ver una sola mancha de corrupción ó decadencia.

¡Tributemos homenaje al hombre cuya vida y lenguaje, cuyo núnem y acciones componen tan tierna y singular armonía!

Hemos admirado la inteligencia de Goethe al desarrollarse a nuestra vista, y hemos probado de señalar los principales rasgos de su ingenio. Artista dotado de la facultad de comprender y reproducirlo todo, se ha ido perfeccionando por grados con el estudio, la meditación y el sufrimiento.

Ha comprendido lo más oscuro del carácter del hombre y lo más singular de su destino: ha recopilado y combinado las lecciones más graves de la historia, y su alta y rica inteligencia se ha apoderado de cuantas tradiciones nos ha legado la antigüedad y de cuantas luces é instrumentos nos prodiga la civilización.

A su flexibilidad natural junta una variedad de recursos y adquisiciones casi infinitas; y por un verdadero portento, los escritos de este hombre son de dicción clara, y sencillos en su riqueza y elevación.

Aunque la alegoría y el símbolo brotan de su pincel creador, Goethe permanece siempre sencillo y despejado. Reinan en sus pinturas la serenidad y el reposo, su fuego es suave y penetrante, y su lenguaje es infinitamente sensible, pero siempre claro.

Sus personajes, *Faust*, *Filina*, *Clarchen*, el *Taso*, *Meffistófeles*, se mueven libremente y gozan de su propia vida. No se ve en todos el sello indeleble de su criador ni la estampa de su genio individual, como en los héroes de *Byron*, *Rousseau* y *Richer*: son seres parecidos

a los que crearon *Shakspeare*, *Homero* y *Richardson*, verdaderos seres que están viviendo, individualidades bien señaladas.

Goethe los gobierna, los clasifica y les hace hablar, obrar y pensar a su voluntad; nunca se le ve recopilar los materiales muertos, los elementos toscos ni los pormenores minuciosos de la historia, a ejemplo de los imitadores de *Walter-Scott*, y ofrecernos, por medio de algunos incidentes artificialmente eslabonados, un panorama estéril, compuesto, permítasenos la expresión, con los retazos que las crónicas ofrecen al erudito.

No hay duda que tiene faltas; pero son las de la indole de su nación, y a veces las de su época, aunque tiene toda su profundidad, energía y alcance. Seguramente es el hombre de nuestros días que mejor ha comprendido a su siglo.

M. DE F.

Ecos madrileños.

Cuenta un periódico, y repiten todos los demás, que las damas de la aristocracia madrileña tratan de subvencionar el teatro de *Variedades* con objeto de proteger las nobles miras de los jóvenes y notables artistas que se encuentran entre los que forman parte de la compañía que actúa en dicho coliseo.

En los renglones subrayados encontrará el lector menos curioso un orden de colocación bastante nuevo que tiene, digámoslo así, su filosofía.

Artistas verdaderamente jóvenes y verdaderamente notables no se encuentran tan fácilmente sin duda alguna, porque el mérito verdadero es modesto y se esconde.

Para dar con ellos era preciso registrar hasta el último escondrijo de los teatros, como quien dice habría que sacarlos del centro de la tierra.

Por eso los jóvenes y notables artistas de que se trata han sido descubiertos entre los que forman parte de la compañía del teatro de *Variedades*.

Entiéndase bien, no se encuentran entre los actores que forman esa compañía sino entre los que forman parte de ella, esto es, en el último rincón de la compañía.

Así poco más ó menos descubrió *Colon* el nuevo mundo que el Océano tenía oculto en el último rincón de la tierra, y el mismo *Colon* no se hubiera descubierto nunca si una mujer, una reina, *Isabel la Católica*, no lo hubiera sacado de su oscuridad diciendo al mundo: «Este es *Colon*.»

Para ello, aquella mujer, aquella reina, subvencionó a *Colon* para que descubriera el nuevo mundo.

Ahora tenemos en nuestra aristocracia madrileña damas probablemente hermosas que tratan de subvencionar el teatro de *Variedades*, para que unos artistas jóvenes y notables descubran al mundo un mérito que todavía permanece obstinadamente oculto.

Así se corresponden en la historia los tiempos y los pensamientos.

Entonces se hizo aquello, y ahora se hace esto. Debemos creer que si *Isabel la Católica* no hubiera agotado su tesoro subvencionando la empresa de *Colon*, *Colon* hubiera muerto sin descubrir el nuevo mundo.

De la misma manera, si las damas de la aristocracia madrileña no acudieran a subvencionar la empresa del teatro de *Variedades*, los jóvenes y notables artistas que se encuentran entre los que forman parte de la compañía de ese teatro, morirían probablemente sin dejar sobre la tierra ni rastro de su mérito.

Pero hay más; si *Colon* no hubiera recibido de *Isabel* los auxilios necesarios para llevar a cabo su empresa, digámoslo otra vez, hubiera muerto sin descubrir la América; pero es preciso convenir en que más tarde ó más temprano América habría sido descubierta, y entonces el nuevo mundo, saliendo de su escondite, habría gritado: «aquel era *Colon*.»

Isabel la Católica no hizo en sustancia más que adelantarse un siglo ó dos siglos ó muchos siglos el descubrimiento.

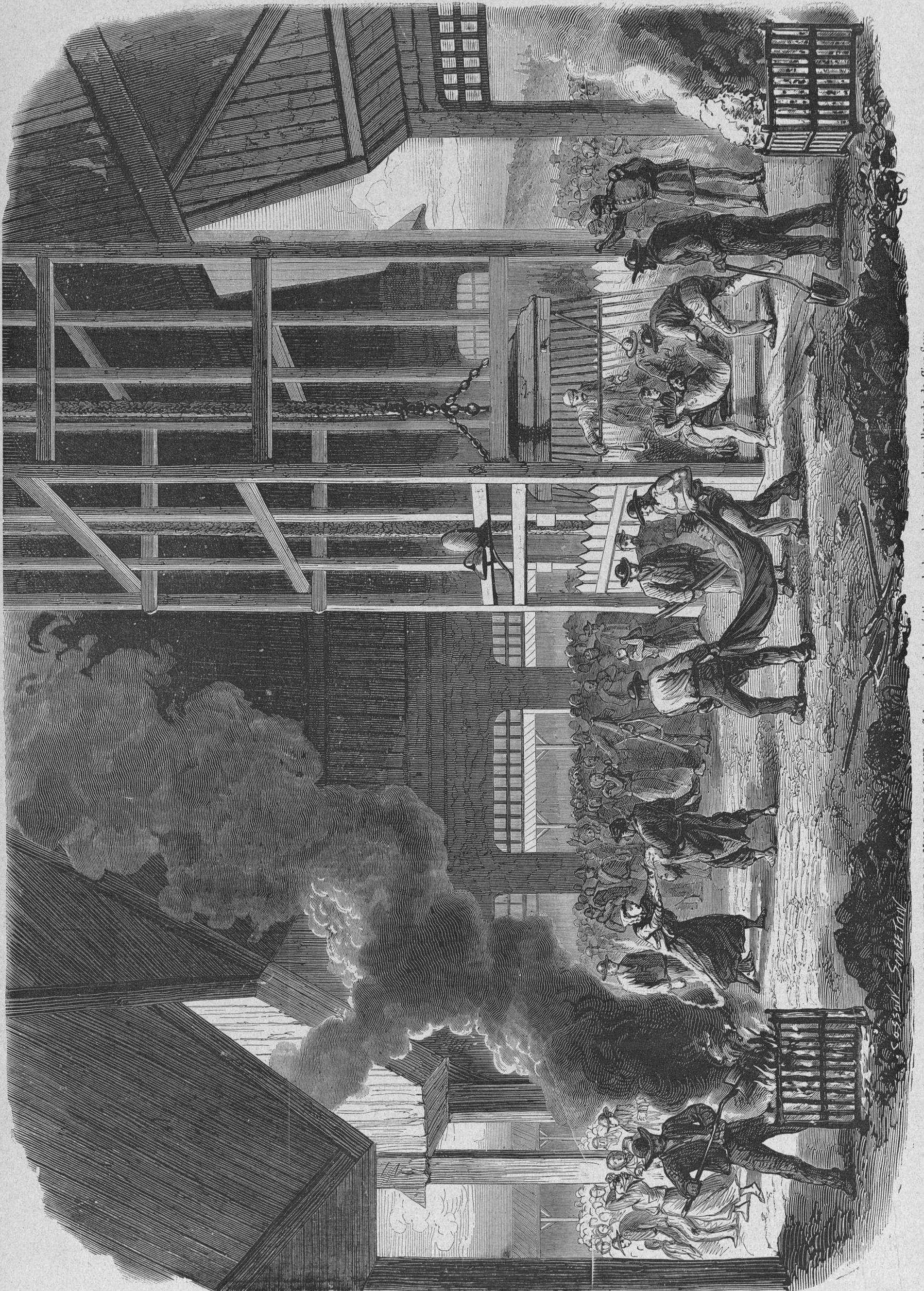
Y yo digo: si esas ilustres damas de la aristocracia no acudieran con sus socorros a dar vida a la empresa del teatro de *Variedades*, ¿quién habría de descubrir el mérito oculto de esos jóvenes y notables artistas que se encuentran ¡oh injusticia! entre los que forman parte de la compañía de ese teatro?

Colon tenía de su parte a toda América que más tarde ó más temprano habría dado testimonio del genio glorioso de aquel grande hombre; pero ¿con qué cuentan esos jóvenes y notables artistas que saque mañana del rincón en que se esconden sus genios ignorados?

«El pensamiento, dicen, no puede ser más digno de elogio, pues solo tiende a ayudar en lo posible a esa juventud que, sin otra recomendación que sus facultades ni otras aspiraciones que las que tiene el que se propone alcanzar un glorioso puesto por medio del estudio y del trabajo, llega a Madrid animada de los más risueños deseos.»

Esto no tiene vuelta de hoja. El Estado tiene establecidas pensiones destinadas a los jóvenes pintores que han demostrado en sus primeros estudios aptitud y talento.

Estos pintores principiantes pensionados por el gobierno van a perfeccionarse a París y a Roma, y de allí vuelven, por regla general, para ser la gloria de nuestras exposiciones de artes.



CATASTROFE DE LAS MINAS DE BLANZY. — Salvamento de las víctimas de la explosion en el pozo llamado de Cinq-Sous.

SOBRIEY SINGLET

cárcel, 500 francos de multa y diez años de vigilancia de la alta policía.»

Tal es el hombre que, entonces como ahora, ignora todo escrúpulo, y no está dominado más que por una pasión: la sed de oro.

Muy grande debe de ser en él esta pasión para que se haya casado con una mujer como Catalina Schumacher.

Aquí su papel es más que ignominioso.

Catalina, en su vida galante, se dió el nombre de madama La Bruyère, y frecuentaron su casa condes y marqueses. Muchas veces recibió dinero, y algunas se contentó con pagarles que, por las firmas que llevaban, la inspiraban una completa confianza, y por lo tanto no se despachaba en hacerlos efectivos.

Empero el marqués no entiende así las cosas, y por esto se le vió días pasados pleitear contra un vizconde, que habiendo visto á Catalina en un baile público, tuvo la debilidad de firmarla algunos pagarés, al cabo de unas relaciones de pocos días. La justicia anuló estas obligaciones, fundándose en que su origen es ilícito.

Hasta aquí hemos seguido al abogado de los esposos Schumacher: oigamos ahora á M. Leon Duval, que es el defensor de la marquesa.

M. Leon Duval comienza por sentar que los esposos Schumacher no se hallan en la miseria, que tienen con qué vivir, y que por lo tanto no necesitan la pensión de 3,000 francos que solicitan por las vías judiciales.

Entrando á explicar seguidamente por qué esta pensión de 3,000 francos que piden hoy, no la pidieron hace ya veinte años, el abogado de la marquesa cuenta la historia de Catalina, y dice que á la edad de quince años fué abandonada por sus padres. Toda la ignominia de su existencia recae pues sobre unos padres que cumplieron tan mal con sus deberes.

» Sea como quiera, añade, Catalina tuvo muy luego una magnífica habitación en la calle Royale, con un mueblaje que valía 350,000 francos. No tengo nada que negar en los actos inexorables que aquí se han leído; pero en fin, Catalina está hoy casada, y nadie tiene derecho para echarla en cara su pasado. La Iglesia, para quien son buenas todas las almas, la ha dado su bendición, y nadie en el mundo tiene derecho para ser más severo que la Iglesia.»

Luego M. Leon Duval contradice los rasgos de la historia supuesta de M. de Maubreuil; afirma que jamás ató la cruz de la Legión de Honor á la cola de su caballo, ni robó los diamantes de la reina de Westfalia.

«Las anécdotas de la historia moderna, dice M. Leon Duval, exigen revisión. Mientras los ingleses, los prusianos y los rusos desfilaban por los bulevares, se dijeron con buena intención muchas cosas que no eran verdad, pues se trataba de levantar á la población contra el enemigo y contra los franceses que fraternizaban con él. En lo concerniente á M. de Maubreuil, hay muchos cuentos, y la circunstancia de que el gobierno actual de Francia le paga una pensión, prueba superabundantemente que todos esos cuentos no deben recibirse sin examen.»

Después de esto, M. Leon Duval dice que Catalina ha estado siempre en buenas relaciones con sus padres; que siempre les ha dado dinero, y que además se conducía con ellos filialmente, y sabía ir á buscarlos á la modesta habitación en donde vivían con arreglo á sus gustos y á su posición social.

¿Por qué pues el proceso?

El motivo real del pleito es el siguiente, según este abogado:

En un colegio de París hay un niño que la marquesa quiere con un cariño entrañable; ella paga todos los gastos de la educación, que se elevan á dos ó tres mil francos anuales, y este niño, sea cual fuere su nacimiento, ha sido la causa principal del enlace contraído en 1866 por Catalina Schumacher con el marqués de Orvault; el niño lleva el nombre del marqués y están cumplidas todas las formalidades de la adopción.

Ahora bien, los esposos Schumacher tienen un hijo que esperaba la herencia de Catalina, y viéndose frustrados en sus esperanzas por el joven colegial, han entablado el pleito con la idea de que el escándalo que de él resulta haría pasar por todo á la marquesa.

Pero parece ser que la familia Schumacher no se ha limitado á solicitar dinero por las vías judiciales.

Hace algunos meses un hombre se presenta en casa de la marquesa á pedir cien francos, y la semana siguiente Juan Schumacher escribe otra carta pidiendo dinero, y su hijo añade esta postdata al mensaje:

«Aviso importantísimo.—No devuelvas la presente sin contestación, pues en ese caso descubriría yo ciertas cosas que no te darían gusto, y quizás tu padre se presentaría en tus salones para ver cómo baila una marquesa á latigazos.»

El mensaje es chistoso en verdad: el cochero y la marquesa forman en él un contraste extraordinario.

Sin embargo, ¿merecía Catalina estas amenazas?

M. Leon Duval contesta negativamente diciendo que siempre Catalina fué muy buena para su familia; á su hermano le sacó un empleo de 2,400 francos, y una vez que su padre se rompió una pierna le cuidó con todo esmero: le instaló en una buena habitación, estuvo á la cabecera de su cama de día y de noche, le dió un buen cirujano, y gracias á todo esto salió otra vez á la calle vigoroso é intacto como antes.

«Finalmente, continúa el abogado, la marquesa lejos de desdeñar á sus parientes, resolvía delicadamente la cuestión

de las distancias sociales suprimiéndolas; se rehabilitaba, conocía el peso de los días de afrenta, días que habían huido, pero que estaban presentes al arrepentimiento, en una palabra, se portaba con sus padres como una buena hija, y aunque seguramente no los recibía todos los días en su casa de la calle Royale, iba á verlos, les quería, les escribía cartas afectuosas, y bajo este concepto lo del látigo es una infamia.

» Pero hay algo más infame todavía:

» El 20 de setiembre de 1867 á las tres de la tarde, el hermano de Catalina penetraba en su salón y la pedía dinero; él mismo conviene en que ella no se lo negó; pero lo cierto es que habiéndole parecido que trataba de escaparse, la disparó un pistoletazo en medio del rostro, y como se refugiara en todos los rincones y entre los pliegues de los cortinajes, otra bala la alcanzó en el hombro, otra dió en un estante de libros y otra en una mesa. Algunos días después, llamada á declarar la madre no manifestaba el menor dolor por el incidente, y disculpaba á su hijo diciendo que Catalina les dejaba morir de hambre.»

Sobre esto M. Leon Duval termina con algunos detalles acerca de la posición verdadera de los esposos Schumacher: dice que el coche que guía le produce un beneficio de 20 francos diarios, que siempre ha ganado dinero, y que en 1851 vendió siete números de carruajes que poseía por la cantidad de 33,500 francos. A estos elementos de fortuna hay que añadir la herencia paterna que correspondió á Juan Schumacher.

¿Es cierto que después se arruinaron en la Bolsa?

Para el abogado es dudoso que haya sido así, porque la mujer Schumacher ha tenido siempre la pasión de guardar dinero y de decirse desgraciada. En vista de lo expuesto, M. Leon Duval concluye diciendo que en la demanda actual no hay más que una comedia.

El Tribunal ha aplazado su fallo, y entre tanto no tardaremos en ver á todos los miembros de la familia, como testigos ó como acusados, ante la justicia criminal, por la tentativa de asesinato cometida por Juan Schumacher contra su hermana. Todo esto quiere decir que nuestra historia queda pendiente aun: no nos descuidaremos en dar á conocer su complemento en tiempo oportuno.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

HERIDAS DEL CORAZON.

—Dí, madre, ¿porqué las tórtolas
Al dar al viento la voz
Con su dolorido arrullo
Conmueven mi corazón?

¿Por qué tierna simpatía
Siento por sus penas yo,
Y sus quejidos me afligen,
Y me angustia su dolor?

—Las tórtolas, cuyo duelo
Aflige tu corazón,
Son las almas de las niñas
Que murieron por amor.

Por eso es triste su canto
Y lastimera su voz,
Porque las tórtolas lloran
Heridas del corazón.

—¡Ay, madre! en el alma mía,
Una espina se clavó
Y ni aun el tiempo es bastante
A mitigar mi dolor.

Cual frío acero el olvido
Mis ilusiones mató,
Mi pobre vida se extingue,
Madre, me mata el amor.

Poco después, de la niña
El alma pura subió
En los brazos de los ángeles
A la presencia de Dios;

Mientras en el bosque umbrío
Al viento daba la voz
Una tórtola, llorando
Heridas del corazón.

NARCISA PEREZ.

Balada.

I.

Cruzaba por el Retiro
En una tarde de octubre,
Absorto en mis pensamientos,
Fija mi vista en las nubes.
Alegre turba de niños
Cruzó y mis pasos detuvo,
Por contemplar sus semblantes
Tan ajenos de inquietudes.
Bella como el sol naciente,
Hermosa como un querube,
Fijó una niña en mi rostro
Sus grandes ojos azules.

II.

Pasaron algunos años,
¿Qué dichoso encuentro tuve!
La niña cuya mirada
De mi alma borrar no pude,
Cercábalas de galanes
Obsequiosa muchedumbre,
Y ella sonreía, oyendo
Acaso palabras dulces.
Aunque la seguí de cerca
Y aunque á su lado me puse,
Ya no se fijó en mi rostro
La niña de ojos azules.

III.

¿Qué hay en el templo?

—Una boda;

Vedlos, ya el cura los une.
La novia parece un ángel,
Será ejemplo de virtudes.
Cuando miré al presbitero
Hondo suspiro contuve;
Era la novia, mi niña,
La de los ojos azules.

IV.

Un día, ¡qué triste día!
Ví un féretro y unas luces;
Seguí al pueblo indiferente
Y me acerqué al lecho fúnebre.
Bella como el sol de ocaso,
Hermosa como un querube,
En el féretro yacía
La niña de ojos azules.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Correspondencia de Roma.

Roma 15 de diciembre.

Ignoro si los temores que abriga el gobierno pontificio son fundados; pero lo cierto es que la administración de la guerra desplega la mayor actividad, y que se continúan tomando grandes precauciones. La vigilancia en la frontera es muy activa, y en Roma siguen el estado de sitio, las barricadas á las puertas de la ciudad y las fortificaciones en los muros de recinto. Ya he mandado el dibujo de una de estas barricadas; pero ningun periódico ilustrado ha podido presentar las fortificaciones mucho más importantes que desde hace algunos días se levantan en el fuerte del Santo Angel, y me apresuro á enviar una vista de estas obras.

Sabido es que el fuerte del Santo Angel tiene una comunicación interior con el Vaticano, y que esta comunicación, en caso de ocupación de la ciudad, sería el postrer refugio del papa, de su gobierno y de sus defensores. Los trabajos á que me refiero tienen por objeto asegurar y consolidar este medio de retirada. Muchos esfuerzos me ha costado el obtener, primero del comandante de la plaza, y luego del comandante del fuerte, la oportuna licencia para hacer delante de un soldado el dibujo que acompaña.

Según se ve en él, han llenado de agua los fosos que rodean el fuerte por el lado de los Prati di Castello; se han hecho aspilleras para los fusiles y troneras para los cañones en todos los muros; y están levantando barricadas por dentro y terraplenes por fuera: es un importantísimo trabajo.

S.



ROMA. — Obras de fortificación para la protección del paso subterráneo que conduce del Vaticano al fuerte del Santo Angel.

Correspondencia de Méjico.

De una correspondencia francesa fechada en Méjico el 8 de noviembre de 1867, traducimos los párrafos siguientes :

« Envío algunos dibujos y el retrato de M. Fourcade, presidente de la sociedad de Beneficencia franco-belga y suiza de Méjico. M. Fourcade ha hecho últimamente á la colonia francesa, belga y suiza, servicios que merecen nuestra gratitud, y con su habilidad y energía ha demostrado que se hallaba á la altura de su misión. Nuestra sociedad, siempre tan floreciente, se ha visto próxima á su pérdida por causa de los enormes socorros que ha debido dar á muchos de nuestros compatriotas aruinados por la guerra, ó detenidos en clase de prisioneros. Pero gracias á los sacrificios de todos y al concurso de M. Fourcade, se ha atenuado la crisis lo mas posible.

» Deseo la publicación de uno de mis dibujos, hé aquí por qué : Cuando el ejército francés salió de Méjico, el comité del círculo de los oficiales regaló á nuestra sociedad filantrópica los fondos que habia en caja, así como los muebles del círculo, bajo la condicion de que el día de Difuntos de cada año se habia de mandar decir una misa por el reposo del alma de los soldados enterrados en nuestro cementerio. El dibujo en cuestion probará que hemos cumplido nuestra palabra religiosa-



M. A. Fourcade, presidente de la Sociedad de Beneficencia franco-belga y suiza de Méjico.

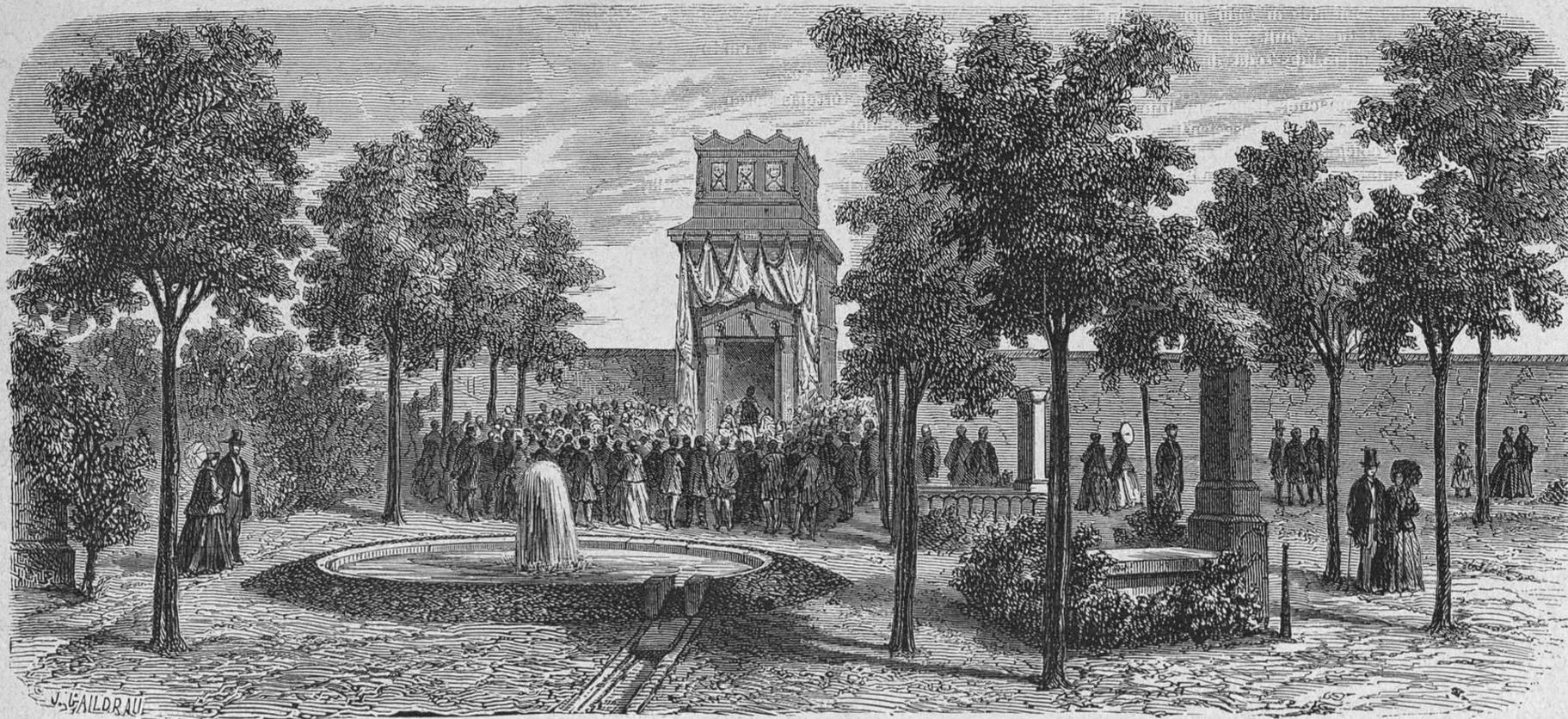
mente. La misa se dijo el día de Difuntos en la capilla de nuestro cementerio que representa el dibujo, capilla que es un monumento elevado á la memoria de las víctimas de un incendio que tuvo lugar durante la intervención. En ella yacen los restos mortales del coronel Tourre del 3º de zuavos, Debrousse, teniente del 99º de línea, y Schlenger, corneta del 3º de zuavos. Su recuerdo permanece vivo entre nosotros.»

D. S.

El aniversario de la Escalada

EN GINEBRA.

Hé aquí un dibujo exactísimo de la fiesta de la Escalada, cuyo aniversario se ha celebrado en Ginebra en la noche del 11 de diciembre último. Cada año se celebra allí esta fiesta con mascaradas que á menudo se distinguen por su mal gusto; pero el cortejo de este año se puede citar como una brillante excepcion á la regla. Gracias á la iniciativa de varios círculos patrióticos á los cuales se reunió la población, se organizó rápidamente un bonito cortejo histórico con acompañamientos burlescos, cortejo que recorrió la ciudad con an-



MÉJICO. — Misa de Difuntos dicha el 2 de noviembre de 1867 en el cementerio francés de Méjico.



GINEBRA. — Fiesta de la Escalada celebrada el 11 de diciembre de 1867.

torchas, músicas y cantos, deteniéndose en las plazas á pedir para los pobres.

Todo salió perfectamente. La parte histórica del cortejo representaba á los personajes que desempeñaron un papel en 1602, época de la escalada intentada contra Ginebra por el duque de Saboya, y rechazada gracias á la energía y al patriotismo de los habitantes.

Nuestra lámina representa el último episodio de la fiesta, el desfile del cortejo histórico en torno de la fuente, monumento de la Escalada, al toque del himno nacional. La escena pasa al pié de la cuesta de la calle de la Cité, plaza histórica. Segun escribe el autor de nuestro dibujo, era tan original como pintoresco, el efecto de aquel cortejo vestido á la usanza de la edad media, rodeado de la multitud con trajes del día, y alumbrado por antorchas y luces de bengala, encarnadas, verdes y blancas.

Los principales grupos del cortejo se hallaban dispuestos de este modo: el carro representando á la ciudad de Ginebra, escoltada por sus habitantes corriendo á las armas, medio vestidos, como así fué; Picot, el de los petardos; la ronda ginebrina con la linterna sorda; la compañía de alabarderos; Teodoro de Beze y los ginebrinos subiendo á la catedral de San Pedro; y la tía Royaume en su borrico, precedida de su marmita. Esta tía Royaume era una mujer del pueblo que mató á un soldado del duque de Saboya con su marmita; por último, la parte cómica representaba á la duquesa de Gerolstein en carruaje, seguida de sus granaderos, y al Olimpo con sus dioses. En suma, hace muchos años que la fiesta de la Escalada no había sido tan brillante, ni había producido tantas limosnas para los pobres de Ginebra.

C.H.

Luciana.

CUENTO.

I.

Luciana era una bellísima niña de diez y siete años. Su padre al morir le había legado por única herencia unos pobres muebles, algunos buenos consejos, y un nombre sin mancha.

El carácter de Luciana era dulce y risueño.

A sus labios asomaba continuamente una melancólica sonrisa, pero nunca la ruidosa hilaridad de las almas vulgares.

Era morena, pálida, de grandes y rasgados ojos negros y cabellos del mismo color.

Su estatura era esbelta, graciosa. Sus modales los de una gran señora. Luciana no había sido siempre una pobre costurera.

En su infancia se habían abierto ante ella las puertas de los mas nobles salones del mundo.

Su educación la habían dirigido los mejores maestros del mas afamado colegio de Paris.

De Luciana era de quien las directoras recibían mejores regalos; y ella era entre todas las pensionistas, la que tenía mejores joyas, mas bonitos juguetes y la que se llevaba los mejores premios en los exámenes.

Un día, como de costumbre, su padre fué á verla.

Pero aquel día recogió las joyas y ropas de la jóven; hizo que diese un abrazo á sus condiscipulas y directoras y se la llevó á España.

Poco tiempo despues, habitaban en una casa de modesta apariencia en uno de los barrios mas apartados de Madrid.

Vivieron decentemente algun tiempo; pero un día su padre la tomó en sus brazos y la dijo con los ojos bañados en llanto:

— Hija de mi alma, sabes cuánto te amo, y sabes tambien que mi mas grande, mi único anhelo es verte feliz, como le ofrecí á tu pobre madre cuando estaba en la agonía: comprenderás, hija mia, cuán doloroso será para mí verte carecer de lo necesario; pero desgracias de familia nos han sumido en la miseria; somos pobres, y es preciso trabajar.

— Trabajemos, papá mio. ¿Y por esto te apuras? la verdad, yo me fastidiaba de estar todo el día sin hacer nada.

Y Luciana sonrió dulcemente, enjugando con sus pequeñas manos las lágrimas que se deslizaban por el honrado rostro del anciano.

Al día siguiente se ocupaba con agilidad y maestría en bordar unas bonitas tapas para un album, de terciopelo y oro.

Su padre cerca de ella y teniendo delante una mesita de nogal, copiaba antiguos manuscritos que le había dado un abogado.

Pero el trabajo era mucho y la ganancia poca.

Algun tiempo despues murió el anciano.

Luciana lo lloró como toda buena hija y pasó muchas noches en vela, para poderle comprar un nicho y una corona de siemprevivas, con su miserable ganancia.

Luego prosiguió sus faenas acostumbradas.

Ya no le quedaban vestidos ni alhajas; en la enfermedad de su padre lo había vendido todo.

Los mejores muebles tambien se habían vendido.

Llegó un día que se empeoró la situación de Luciana.

Era domingo. Subía de prisa por la calle de la Montera para volver al trabajo.

Cuando llegó á la tienda le faltaba un almohadon de terciopelo en el que había bordado una corona.

Creyó que le habría dejado en su casa, y tomando el dinero de la semana, volvió tan ligera como le permitian sus pequeños piés.

Antes de subir pagó algunas deudas que tenía.

Solo le quedaron cuarenta reales.

En vano buscó por sus tres reducidas habitaciones; el bordado no parecía.

— ¿Lo habré perdido en la calle? pensó tristemente; no tengo mas remedio que comprar una vara de terciopelo y un poco de oro, y esta tarde bordaré uno nuevo; mañana lo llevo y no lo notarán; ¿pero y dinero? con los cuarenta reales que tengo apenas bastan para el oro, voy á avisar á la mujer que me compró los muebles que se lleve los que me quedan y que me dé lo que quiera por ellos.

Luego exhaló un suspiro y se resignó.

Luciana era un ángel.

Se puso otra vez la usada mantilla y cerrando la puerta del sotabanco, se volvió á marchar.

Al llegar á la calle del Carmen la detuvo un grupo de gente. En medio había una señora desmayada. Su traje era pobre, pero limpio. Su fisonomía noble y distinguida. En su rostro pálido y en los ojos rodeados de un círculo azulado se leía el sufrimiento.

Todos la miraban, pero ninguno le prestaba auxilio.

Los ojos de Luciana se llenaron de lágrimas.

La señora empezaba á volver en sí. Luciana hizo una señal á un cochero, que á la sazón pasaba por allí, para que acercase el carruaje, tendiendo la mano á la señora, le ayudó á levantar y entrar en el coche.

— Calle de Silva, número 49, dijo al cochero, y añadió dirigiéndose á la señora. Iremos á casa y cuando usted se halle bien la acompañaré adonde guste.

La señora inclinó la cabeza en señal de asentimiento y dejándola deslizar, la apoyó sobre el hombro de Luciana quedando aletargada.

Así llegaron á su casa.

Con bastante trabajo la pudieron subir á la pobre habitación de la jóven y acostarla en su blanco lecho.

Dió diez reales al cochero y le despidió.

Solo le quedaban treinta.

Luciana en su ardiente caridad olvidaba que apenas tenía lo justo para comer y que era preciso comprar lo que había perdido.

Pero su padre le había dicho al morir:

— Hija mia, lo mas santo, lo mas bello de la tierra es la caridad. Da la mitad de tus ropas al desnudo, la mitad de tu pan al hambriento. Dios lo ve y lo premia.

Y Luciana tenía grabadas en su corazón las débiles palabras del moribundo.

Aquel bellissimo ángel de resignación, no sufría por sus propias penas, sino por las de sus semejantes.

Había perdido á su madre cuando era muy niña y la adoraba como se adora una cosa desconocida.

Cuando vió á aquella señora desmayada se apoderó de su corazón una agonía profunda.

La enferma empezaba á volver en sí.

Luciana se inclinó hácia ella y la dió un beso en la frente, preguntándole con cariño:

— ¿Se halla Vd. mejor?

— Gracias, hija mia, dijo haciendo un esfuerzo para levantarse, ya estoy bien.

— Todavía no. Está Vd. muy pálida. ¿Sufre Vd. alguna enfermedad?

La interpelada se ruborizó.

— Señorita Luciana, murmuró la portera al oído de la jóven; su desmayo lo ha causado la debilidad, el hambre.

— ¡El hambre! exclamó Luciana dolorosamente dejando correr sus lágrimas. ¡Dios mio! ¡el hambre!

Aquella noble criatura no pensaba que su único caudal eran treinta reales, los que aun no le bastaban para pagar el rico almohadon que había perdido.

Luego dirigiéndose á la señora que se preparaba para marchar, le dijo dulcemente:

— Cuando Vd. guste la acompañaré á su casa.

Una hora despues se encontraban en una pobre guardilla. Un jóven bello, en medio de su extremada palidez, estaba acostado en un miserable jergon.

— Es mi hijo, dijo la señora con ternura besándolo en la frente.

— Madre mia, exclamó el jóven, ¡cuánto sufro! mi pecho se abrasa; dame agua, mucha agua.

— Hijo de mi alma, dijo la desdichada madre, esta jóven... Y sus ojos se volvieron hácia la puerta en donde creía hallar á Luciana; pero con gran sorpresa suya la jóven no estaba allí.

Se dirigió á la puerta por ver si la esperaba fuera, no atreviéndose á entrar, pero se detuvo súbitamente al ver encima de una vieja mesa treinta reales, sobre los cuales habían caído dos gruesas y cristalinas lágrimas.

¡Benditas y santas lágrimas que sois el ardiente rocío que baña la purísima flor de la caridad!

II.

Cerca de un año había trascurrido cuando volvimos á encontrar á nuestra bellissima Luciana.

Los pocos muebles que tenía habían sido vendidos, para pagar con su producto el almohadon que perdió. En la tienda no le habían querido dar mas trabajo.

El alegre y modesto cuarto piso que habitaba se había trocado en una pobre guardilla.

El único adorno de sus blanqueadas paredes eran una estampa de la Purísima y el retrato de su padre.

Los únicos muebles eran un catre con un colchon y dos sábanas remendadas; pero blancas como la nieve; una mesa de pino, dos sillas de Vitoria y en la ventana dos macetas de barro, ostentando, la una, una hermosa mata de siemprevivas, cargada de verdes hojas y dorados botones, y la otra un rosal blanco que principiaba á abrir sus capullos acariciado por un tibio rayo de sol.

Luciana no podía comprar coronas para adornar la sepultura de su padre, pero se las tejía con sus blancas manos de las flores de su ventana.

Sus megillas estaban mas pálidas que de costumbre, el brillo de sus ojos mas apagado.

Luciana hacia dos días que apenas había comido.

Y á pesar de esto su alma no había perdido la santa resignación que la adornaba.

El día que la presentamos á nuestros lectores era una, fria pero hermosa mañana de marzo.

El primer rayo que se desprendía del sol, penetraba al través de los vidrios de su ventana, posándose dulcemente en su morena cabeza.

Sus manos no podían trabajar de prisa porque las entorpecía el frio.

Su talle flexible estaba cubierto únicamente por un viejo vestido de percal, que había sido negro, pero que era pardo á fuerza de lavar, y su morena y torneada garganta no tenía otro abrigo que un pañuelo de seda carmesí, que de tanto usarlo parecía de gasa.

A pesar de su pobreza, Luciana siempre estaba contenta. Jamás se borraba de sus labios una dulce sonrisa.

— Ya estoy concluyendo mi trabajo, pensó, ¿y fuerza? Me falta la luz de los ojos. ¡Dios mio, qué hacer!

Luego se levantó pensando que bebería agua y con esto engañaría su estómago algunos minutos, pero agua tampoco había.

En Madrid cuesta seis cuartos una cuba.

Para Luciana era mucho. A veces había de trabajar algunas horas para poderlos ganar.

Se volvió á sentar y tomó el trabajo con mas ahinco.

Cuando lo concluyó lo envolvió en un pañuelo, se puso una vieja mantilla, y cerrando la puerta se puso mas bien corriendo, que andando á bajar la escalera.

— Dios mio, señorita Luciana, dijo la portera al verla, ¡qué pálida está Vd. hoy! ¿Está Vd. enferma?

— No, María, gracias, estoy bien; contestó la jóven que á pesar de su buen carácter y de su pobreza era orgullosa y no quería que comprendiesen lo que padecía, y emprendió á buen paso el camino de la tienda que le daban trabajo.

Pero entonces ganaba menos.

Bordaba en blanco, cosa que no podía hacer de noche y que había de estar primoroso.

Cuando llegó la hicieron esperar una hora.

Ya no podía tenerse de pié, la debilidad la mataba. Por fin la pagaron.

Luciana emprendió el camino de su casa.

— Al lado hay una lechería, pensó, tomaré leche y pan.

Subió volando los seis pisos de su guardilla, tomó un pequeño jarro y una blanca servilleta y volvió á bajar.

— Póngame Vd. un vaso de leche, dijo á una vieja que estaba en la puerta; y le entregó el jarro.

La mujer entró con toda la cachaza del que ha comido bien y le vació un vaso de leche tibia y espesa.

— Tome Vd., dijo alargando el brazo.

Luciana metió la mano en el bolsillo y palideció mas de lo que estaba.

Luego se puso á mirar á la vieja con los ojos de una loca.

— ¡Me han robado! exclamó con un grito de angustia imposible de definir. ¡Dio mio, me han robado!

Y balanceándose como una ébria cayó sobre la helada escarcha de la acera.

III.

Si quieres seguirme, lectora mia, te conduciré al hospital. A este sagrado asilo en donde el desdichado encuentra un lecho donde reposar y una cariñosa mano que alivie sus penas.

En una gran sala rodeada de camas de hierro, cubiertas con sábanas y almohadas blancas como la nieve es en donde volvemos á encontrar á Luciana.

El día antes, al ver que le habían robado su único recurso, cayó privada de sentido y la condujeron á una casa de socorro desde allí; habiendo declarado los médicos que era un fuerte ataque cerebral unido á una extremada debilidad, la trasladaron al hospital.

Su rostro estaba como la grana y su respiración era anhelosa: no conocía á nadie y en su delirio solo pronunciaba el nombre de su padre.

La puerta de la sala se abrió pausadamente y una monja de la caridad seguida de una señora y un jóven entraron.

— ¿Tiene Vd. muchos enfermos en esta sala, sor María? preguntó la señora en voz baja.

— Solo hay dos, señora condesa, desde que V. E. tiene la caridad de darles recursos para que puedan volver al seno de su familia, son muy pocos los desgraciados que tenemos.

— El número 4 lo veo ocupado ¿quién hay en él?

— ¡Ah, señora! murmuró la monja, es bien digna de compasión. Una pobre y honrada jóven, de muy buena familia que ha trabajado mientras ha podido y que por fin la encontraron tendida en la calle á causa de la debilidad.

Al oír esto la señora se estremeció y miró al jóven. — Vamos, exclamó este, quiero verla; y acercándose al lecho de Luciana, madre mía, dijo, mira qué criatura tan bella.

La condesa se inclinó y al mirar el hermoso y dolorido rostro de la jóven, dió un grito.

— Dios mío, murmuró al oírlo de su hijo, es ella, la que me cogió el día que estaba desmayada y que te salvó la vida dándonos recursos para comprar las medicinas que el médico había ordenado. Corra Vd., dijo á la monja que miraba atónita esta escena sin comprender nada; tráigame Vd. los mejores médicos; de prisa, esta jóven me interesa como si fuera mi hija.

Una hora despues se había trasladado la cama de Luciana á una habitación separada y la condesa y su hijo eran los enfermeros.

A fuerza de ciencia y de cuidado un día el médico declaró que estaba fuera de peligro.

Aquel día fué uno de los mas felices para la condesa y su hijo Carlos.

Cuando la jóven volvió en sí, miró en torno suyo no acertando á comprender en dónde se hallaba.

La admiración fué mayor al encontrarse en los brazos de la condesa que la miraba con la ternura de una madre, y á Carlos que la miraba con ternura tambien, pero muy distinta.

Creyó que deliraba todavía y volviendo á cerrar los ojos se quedó dormida.

Un poco tiempo despues ya estaba restablecida.

IV.

En una hermosa mañana de mayo tres personas se hallaban reunidas en un elegante gabinete de uno de los mas sencillos, pero bonitos palacios de Recoletos.

Una de ellas era Luciana.

Pero Luciana, bellísima á pesar de su palidez, no ya con el pobre vestido de percal sino con una elegante bata de cachemir blanco y sujetas las gruesas trenzas de su negrisimo cabello con una lindisima aguja de oro.

Miraba á la condesa con agradecimiento y de vez en cuando fijaba sus ojos en Carlos, en los que se leía un amor profundo, que en vano procuraba ocultar recontrándose en su alma.

— Señora, exclamó por fin, haciendo un penoso esfuerzo y dirigiéndose á la condesa; siempre me dice usted que me explicará el misterio del por qué estoy aquí, pero nunca me lo dice. Yo solo recuerdo que caí privada de sentido en la calle, y nada mas, luego he despertado del sueño en que me hallaba sumida, encontrándome rodeada de mil cuidados, del cariño de usted y de la bondad de Carlos.

La jóven calló ruborizándose. Los grandes y rasgados ojos negros del jóven hablaban tanto en aquel instante que no la dejaron continuar.

— Se lo voy á decir á Vd., hija mía, dijo la condesa cogiéndola una mano, pues comprendo que vuestra delicadeza sufre con mi silencio. ¿Recuerda Vd. hace un año que recogió Vd. una señora desmayada, prodigándole mil cuidados, luego la acompañó Vd. á su pobre guardilla en la que había un enfermo? Pues esa señora era yo, el enfermo Carlos.

Luciana se sonrió con aire de duda y sus ojos se fijaron en los ricos muebles que decoraban la estancia.

— Desgracias de familia y algunos pleitos nos habían sumido en la miseria. Murió el pariente que era causa de nuestras desgracias dejándonos el inmenso caudal que tan ilegalmente nos había quitado. Esta es la causa que nos vea Vd. en tan distinta posición de la que nos vió Vd. en otro tiempo. Para que se convenza y se desvanezcan sus dudas, sígame Vd.

La condesa se levantó seguida de Luciana, haciéndole cruzar multitud de ricas habitaciones. Por fin se detuvieron ante la pequeña puerta de un cuarto.

La condesa lo abrió, y al mirar su interior Luciana ahogó un grito.

En aquel cuarto solo entraba luz por una triste ventana de guardilla; sus muebles eran un viejo jergon, dos sillas rotas y una pequeña mesa, encima de ella treinta reales y sobre ellos y lanzando mil chispas como para cubrir la pobreza de aquel sitio dos gruesos brillantes.

Luciana se ruborizó avergonzada de haber dado tan pequeña limosna á tan gran señora.

— Todo lo he averiguado, hija mía; dijo la condesa, sé que por Vd. favorecernos á nosotros se privó de su único recurso y que en parte esta es la culpa de todas sus desgracias; pero ahora no se separará Vd. mas de nosotros.

— ¡Oh, señora!... dijo Luciana no atreviéndose á continuar y en su interior pensó; soy pobre, pero tengo mucho orgullo para admitir algo que no sea ganado por mi trabajo.

— Comprendo su delicadeza y lo alabo, pero le pido á Vd. en nombre de su padre la felicidad de mi hijo: Carlos la ama á Vd. ¿Quiere Vd. ser su esposa?

Luciana prorumpió en sollozos y exclamó arrojándose en brazos de la condesa:

— ¡Madre mía!

Dos meses despues se celebró la boda de Luciana y Carlos.

Los pobres muebles de Luciana fueron trasladados á una pequeña habitación del palacio en donde vivían los jóvenes con la condesa.

Se amaron siempre y cuando tuvieron hijos lo primero que les enseñaron á balbucear en su infantil lenguaje fueron sublimes y santas máximas sobre la caridad.

VICTORINA FERRER SALDAÑA DE CORDRUS.

La filosofía trascendental.

Las dos palabras que forman el epígrafe de este artículo están causando verdaderos estragos en nuestro siglo. Hay hombres de escaso ingenio y de corazón servil, que se llenan de vanidad y se juzgan grandes filósofos y hasta espíritus fuertes, solo porque se atreven á copiar cosas que otros han dicho, y repetir hasta el fastidio palabras y frases cuya significación ni siquiera comprenden. Hay tambien personas de muy claro entendimiento, sin duda, que por adquirir celebridad, por espíritu de singularidad, ó por amor á la extravagancia, caen en la fatal y pernicioso manía de apartarse siempre del sendero ordinario en el cual se halla la luz, para caminar siempre por veredas desconocidas, en las cuales solo se encuentran precipicios. Por último, no faltan hombres persuadidos de que la filosofía, cuando no es lo racional, es lo absurdo, y contentos con ser hombres, procuran unir, en vez de establecer un absoluto antagonismo entre la humanidad y la filosofía.

Estas tres clases de filósofos forman, por decirlo así, los tres grandes grupos filosóficos de nuestros tiempos. Del primero, nada ó muy poco debemos decir. Nada nos parece tan ridículo como esa cáfila de filosofastros, que se llaman ó se creen á sí mismos sabios, por la propiedad inherente á todos los fátuos de no conocer su misma fatuidad.

Es hasta gracioso tropezar con los filósofos á quienes hemos aludido. No inventan nada, no explican nada, no escriben ni publican nada que sea original. Sin embargo, se dan aires de grandes maestros, y ya que no les es dado el pasar á la inmortalidad probando con hechos su sabiduría, logran adquirir renombre al menos, orlando sus sienes con la celebridad, por cierto bien triste, del plagio y del ridículo. Son como papagayos, que solo pueden repetir lo que oyen, sin darse á sí mismos cuenta de lo que repiten. Esto no obstante, los hombres de la escuela que describimos se dan el nombre de filósofos, dicen con orgullo que profesan la verdadera filosofía, se reputan hasta iluminados, se figuran que han descubierto la piedra filosofal, afectan una gravedad estudiada, se muestran superiores á los demás hombres, tienen siempre la sonrisa del desprecio en sus labios, y á veces, descendiendo de su alto Olimpo, se dignan compadecer á la especie humana, víctima, según ellos dicen, de la esclavitud y de la ignorancia, de la superstición y de las preocupaciones. ¡Ah! ¡Cuánta profundidad! ¡Cuán sabios son esos hombres!

Cualquiera, al verlos, pudiera sospechar que á su lado Platon y Sócrates, San Agustín y Santo Tomás, Leibnitz y Descartes, Fenelon y Newton, Bonald y Balme, no han sido mas que unos miserables pigmeos. Hablan de Aristóteles, y lo desprecian. ¡Es un escolástico! Verdad es que nunca han visto, ni aun por el forro, sus obras. Oyen hablar de Sócrates, y se sonríen, como compadeciendo su ignorancia. ¡Era un fanático! ¿Pues no tuvo valor para tomar la cicuta por no adular á los sofistas? Decídesles que Platon fué un ingenio portentoso. ¡Qué error! Ni siquiera se tomarán la pena de refutar vuestro aserto. Ellos no se dignan discutir ni raciocinar. Aunque siempre tienen la razón en sus labios, jamás la usan en sus discursos. Hablan cual si fuesen oráculos desde lo mas alto de sus tripodes, reputándose mas dichosos, estando mas contentos y mas satisfechos de sí mismos, cuando mas ridícula es la reminiscencia que les viene á mano. Estos hombres saben mucho, y no estudian nada. ¡Cuánta felicidad!

Juzgan á todos los filósofos sin conocerlos ni aun de nombre, y pronuncian sentencias acerca de todas las filosofías, sin saber ni aun cuáles son sus principales bases. ¡Qué crítica! Se apellidan racionalistas, y lejos de buscar la verdad con su razón, se limitan á cargar su memoria con unos cuadernos, que por lo comun ni aun están impresos, y es muy raro que contengan una sola reflexión que no esté reñida con el buen sentido. Y estos hombres de espíritu tan servil, dicen, no obstante, y repiten hasta el fastidio, que pertenecen á la escuela de la razón independiente. Eso sí, palabras altisonantes no les faltarán jamás. Esto es propio del moderno filosofismo, que con mayor razón pudiera apellidarse fatuismo.

Sabido es que la fatuidad y la hinchazón solo se distinguen en que la primera es vicio del orden moral, y la segunda vicio del orden físico. De todos modos, el vicio es idéntico y su castigo será igual.

El sapo de la fábula, hinchándose, quiso aumentar su volumen y adquirir fuerzas para atravesarse en un camino y detener en su reposada marcha á una enorme carreta.

El sapo fué convertido en polvo. ¿Parece ridícula la conducta de este animal? Sin embargo, es nada en comparación de la conducta de ciertos filósofos, que se infatúan é hinchán su espíritu con el humilde propósito

de apagar la luz de Dios y extraer de sí mismos un sol brillantísimo que ilumine toda la tierra. ¡Cuánta estupidez! ¡Cómo se degrada el hombre llegando hasta el colmo de lo ridículo, cuando llenándose de orgullo se aparta de la razón para no cautivar su entendimiento en obsequio de la fe!

Pero hay todavía mas. Los filósofos á quienes aludimos pertenecen á una escuela de muchos alcances. Ellos no juzgan á hombres, sino á siglos; no examinan las cosas observándolas con detenimiento; nada de esto. Se remontan á lo mas alto del Olimpo, y desde allí, como Júpiter lanzaba rayos, ellos lanzan miradas, y con sus miradas lo arreglan todo.

Muchos de estos filósofos no han entrado nunca en una biblioteca; pero duermen hasta las tres de la tarde, van todas las noches al café, toman el sol en el invierno, respiran el aire fresco en el verano, leen la gaceta de algun periódico, oyen hablar en tono sibilitico al maestro, y no necesitan mas. Otros, mas afortunados, han penetrado un par de veces en su vida en una biblioteca, ó leyendo algun compendio de la historia de la filosofía, ó algun pedantesco manual de la conversacion, han enriquecido su memoria con la ridícula especiotía de que la filosofía escolástica no era mas que un centro de necedades, y los escolásticos un conjunto inmenso de necios. Y con esto lo tienen todo. Sin mas ni menos arrojan por su lengua filosofía y crítica á borbotones.

Cualquiera diría que su boca y sus labios, ó mejor dicho, su garganta, se había convertido en un canal, por el cual arrojaban los pestilenciales alimentos que habían recibido en una noche de orgía, y no habían podido digerir en su estómago.

No se crea que tratamos con excesiva dureza á la escuela racionalista ó fatuista. Nada de esto. Lo que decimos es muy poco en comparación de lo que debería decirse. Además, ellos, los filósofos fatuistas, por su parte, no tienen derecho ninguno para quejarse, puesto que cuando se dignan hablar de los católicos y de la filosofía católica, es solo para agotar el diccionario del insulto y del desprecio.

Estas gentes son siempre vencidas en el terreno de la razón, y se presentan siempre cual vencedores en el terreno de la fatuidad y de los calificativos. Dignos émulos del célebre gallo de Moron, cantan como triunfantes, aun despues de haber perdido hasta las plumas.

Dirigidos á los filósofos de la escuela racionalista ó fatuista; preguntádesles quiénes son los filósofos escolásticos y no podrán responder, porque no los conocen ni aun de nombre. Hablan como papagallos contra Aristóteles, y cubren con mortal palidez su rostro, y tiemblan de pavor, cuando les rogaís que os digan cuáles eran las obras del famoso Estagirista, porque no solo no las han leído, sino que hasta ignoran cuáles son los títulos que llevan en la portada.

Se desatan en invectivas contra Santo Tomás de Aquino, y se llenan de confusión cuando tropiezan con un adversario hábil que les llame la atención sobre sus estrambóticas afirmaciones, porque con sobrada frecuencia, ó no saben en qué siglo vivió Santo Tomás de Aquino, ó lo confunden con Santo Tomás de Cantorbery, ó no lo distinguen de Santo Tomás de Villanueva, ó por lo menos aseguran con tono resuelto y con acento de quien se halla firmísimamente persuadido de lo que dice que la *Suma Teológica* es una especie de *Enciclopedia* ó compilación, en la cual se hallan coleccionadas todas las obras de Aristóteles, que, según han oído decir, cristianizó Santo Tomás.

Y ya que la ocasión se presenta, no podemos menos de recordar un hecho, que nos parece importante, y de cuya exactitud respondemos. No há mucho tiempo se encontraron por casualidad en una casa muy respetable de esta corte, entre otras personas, todas muy distinguidas, un filósofo racionalista muy engreído con su racionalismo, y un modesto filósofo católico, de esos que creen que la ciencia es para las academias y no para fastidiar al prójimo con ampulosas frases en las visitas de etiqueta.

El filósofo racionalista, sin duda creyendo lucirse, con ridícula oportunidad empezó á hablar de Santo Tomás, y á despreciarlo cual un ignorante que solo había podido adquirir celebridad, porque (son palabras textuales) «vivió en una época de tinieblas, y en tierra de ciegos quien tiene un ojo es rey.» El filósofo católico oía disparatar y callaba por prudencia. El racionalista, por el contrario, se envanecía, y dejaba correr su lengua á medida que se iba creyendo libre de contradicción.

Cuando mas acaloradamente, cuando mas elocuentemente declamaba contra la esterilidad del ingenio de Santo Tomás de Aquino, asegurando que, ni aun bajo el punto de vista de la fecundidad era notable, se halló sorprendido por las siguientes é inofensivas preguntas:

— ¿Pudiera Vd. manifestarnos cuántas son las obras de Santo Tomás?

El filósofo racionalista calló, aparentó no haber oído, y juzgando, sin duda, que le era fácil el salir del conflicto con no responder, continuó declamando.

Por fortuna, su adversario, que hasta entonces se había callado por prudencia, cansado ya de tanto sufrir, había tomado la resolución de variar de táctica. Así es que, dirigiéndose de nuevo al filósofo, con toda la urbanidad posible, le interrumpió de nuevo diciendo:

— Caballero, habeis dicho que Santo Tomás fué de ingenio muy estéril y escribió muy poco. Esta es la cuestión.

— Sí, pero...

(Se continuará.)

Los archivos

Y EL MUSEO DE LOS ARCHIVOS
DEL IMPERIO FRANCÉS.

(Conclusion. — Véase el nº 782)

II.

El palacio Soubise, hoy palacio de los Archivos, es uno de los mas bonitos edificios de Paris. En su forma general, es de la primera mitad del último siglo. La Maire y luego Boffrand le construyeron en el sitio que ocupaban varias casas suntuosas, y con los restos de ellas, que fueron habitaciones de Guisa y de Rohan. Los nuevos edificios, que se prolongan hasta las calles de los Quatre-Fils, se deben casi enteramente á la actividad del marqués de Laborde. El vasto patio de honor que se abre en la ca-



Restauracion del palacio de los Archivos. — El patio principal.

lle de Paradis, tiene en sus tres lados una hermosa columnata que dibuja una graciosa curva en su parte anterior, y en el fondo se eleva una fachada que se distingue por su sencillez y buen gusto. Una escalera recta, de forma un tanto pesada, ha reemplazado en el vestibulo principal una preciosa rampa. En el primer piso están las salas que adornaron Boucher, Tremolliere, Natoire y otros, y en ellas, admirablemente restauradas, ha establecido M. E. Laborbe su museo.

Muestras de todas clases dispuestas á la entrada en torno de la escalera, preparan convenientemente al público para examinar las riquezas que verá luego en los escaparates. Son fragmentos de una hermosa obra publicada por Plon, y debajo hay grupos de curiosas marcas de sellos.

Entendidos archiveros como los señores Saige, Campardon, Guiffrey, Gauthier, organizadores del museo, esperan á los visitantes y



El tesoro.

se ponen gustosos á su disposicion para enseñarles y explicarles los documentos mas curiosos. En una primera pieza muy grande y larga, están los mas venerables títulos de la historia de Francia, los actos auténticos del gobierno real, de las abadías, de los obispados, de las señorías feudales y de los pueblos, que abrazan de los siglos VII á XIV. Vemos aquí diplomas merovingeos, escritos en papiros, con caracteres altos y chupados que les dan una fisonomía original y bárbara. Descúbrese ahí no sé qué pobreza de en-



La sala ovalada.

da á una extraña rudeza de costumbres. Pronto se aprende á descifrar las invariables fórmulas con que empiezan estos actos, tratados y donaciones á los monasterios; pero no es posible penetrar hasta el cuerpo de los documentos sin estar iniciado en el deplorable latin de la época, que no es ni la lengua vulgar de la Galia, ni el dialecto francés. La escritura era entonces un privilegio poco envidiado; las firmas de los ilustres firmantes de los diplomas, reyes, obispos, barones, abades, consisten en cruces informes legalizadas por sellos de cera,

Despues del dia de Año nuevo. — Estudios de costumbres.



En la calle. — A las doce de la noche.



En la porteria. — ¡La llave! ¡La llave!... ¿No tiene usted manos para tomarla?



En casa. — ¡Qué cambio! ¡Mi mujer estaba tan melosa el 31 de diciembre!



En la cocina. — ¡Avaro!... Cinco francos de aguinaldo!... Yo me desquitaré.



En el colegio. — Yo no trabajo ya; eso era bueno antes del dia de Año nuevo.



En la antesala. — ¡Urgente!... ¡Urgente! No tengo prisa.

EF

Bajo los carolíngios la escritura se ensancha rápidamente y se hace legible; la lengua continúa siendo el mal latín literario. Los actos se extienden en pergamino. Al pie de varios documentos se ve la cruz, el monograma y el sello de Carlomagno: este sello es ordinariamente una piedra antigua. Es probable que el emperador no aprendió nunca a escribir ni aun a firmar su nombre, á pesar de su afición á las letras y á las sutilezas gramaticales. Los tiempos que siguieron á su reinado, así como los que le precedieron, figuran entre los mas tristes y dolorosos de los que ha atravesado la humanidad.

Desde el siglo XII, bajo los primeros Capetos, el francés y el provenzal principian á mostrarse en los actos públicos al lado del latín. La escritura es mas flexible. Quizá es la época en que aparece mas fácil de leer: la exposición de los documentos de este tiempo parece destinada á modificar ciertas reglas de la ciencia paleográfica, y preciso es confesar que las diferencias señaladas hasta ahora entre las escrituras de los siglos XII, XIII y XIV son menos claras y ciertas de lo que se creía.

Recorramos rápidamente las otras salas. En la consagrada al siglo XVI están los capítulos matrimoniales de María Estuarda y Francisco II, las instrucciones secretas de Coligny, escritas en pedazos de tela cosidos bajo los justillos de sus agentes, el acto constitutivo de la Liga, y diferentes piezas firmadas por los Guisas y el cardenal de Lorena.

El antiguo dormitorio de las princesas de Soubise, está cubierto con un magnífico brocado carmesí fabricado recientemente en vista de los dibujos de Boffrand. En el fondo, detrás de una balaustrada dorada que formaba la alcoba, han colocado el testamento de Luis XVI. El de Napoleon ocupa el centro de un mueble de ébano en el precioso salon ovalado que reproduce uno de nuestros dibujos; pero lo mas precioso de esta pieza tan ricamente restaurada, son las pinturas de Natoire, grandes medallones de adorno en donde se suceden las aventuras poéticas de Psiquis.

La sala de la Revolución se recomienda por sí misma; por todas partes hay nombres conocidos que atraen los ojos y despiertan recuerdos punzantes; aquí Danton, allí Robespierre y Carnot, Saint-Just, Lindet, Billaud-Varennes, mas lejos Carrier y Fouquier-Tinville. Nadie visita los Archivos sin pedir que le enseñen la mesa en donde tendieron á Robespierre moribundo, y el armario de hierro, no el que encerraba las pruebas de la traición de Luis XVI, sino aquel en donde guardaba la Convención las láminas de los asignados.

En el fondo del museo se abren los vastos depósitos donde está contenida toda la historia de Francia.

La creación del Museo de los Archivos, la publicación de los inventarios detallados y la organización de los depósitos, honran sobremedida á la iniciativa del marqués de Laborde. Bien merece este elogio el hombre que ha perdido la salud por el gran exceso de trabajo que le ha exigido esta tarea.

A. L.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

Sin embargo, esta última incertidumbre se desvaneció, porque la conducta de Fink admiró á todo el mundo. Mostrándose menos solícito que de costumbre con su partido, buscó con afectación la compañía de los jóvenes del campo contrario. Se sentó al lado de Theone que habia repasado ya tres veces en su imaginación la horrible escena de la muerte de Julieta y la ruina de los Capuletos no pudiendo contener sus lágrimas. Entabló una larga conversacion con su infortunada víctima, la obligó á contestarle, se mostró compadecido por su palidez, y se quejó del calor que hacia en el salon. La puso en tortura, la hizo morir á fuego lento, y terminó su discurso infernal llamando su atención hácia Hulda Werner preguntándole:

— ¿Qué os parece con su vestido verde? ¿No es verdad que parece un canario?

En seguida se dirigió á Leonor, que se mantenía en medio de su campo afectando siempre la majestad de una reina, pero reina destronada. Fink la acometió delante de todas sus parciales. Ella se mostró mas atenta que nunca; estrujó su pañuelo hasta el extremo de destrozarse la guarnición de encaje para resistir dignamente la burlona sonrisa del enemigo. Todo marchaba bien hasta el momento en que siguiendo su conversacion llamó á Tönnchen que pasaba, y le dijo:

— Benno, ¿os gusta cascar nueces?

Benno Tönnchen, que pertenecía tambien al partido verde, dijo admirado:

— No; si la señorita Leonor nos ha dado alguna para romperla, creo que será muy dura para mí.

La duda ya no era posible. El libro estaba en poder de Fink. Los lazos amarillos se desbandaron; el partido de este color se parecía á una manada de polluelos espantados, en medio de los cuales se ha arrojado el azor.

Solo Leonor se mantuvo firme, y se adelantó resuelta mente hácia Fink:

— Caballero, habeis encontrado el libro que una de mis amigas ha perdido. Esta pérdida la hace muy desgraciada. Su contenido, que no se ha escrito para personas extrañas, podria causar un gran escándalo en esta reunion. Por favor, entregadme ese libro.

— ¿Un libro? preguntó Fink afectando curiosidad. ¿Qué libro?

— No disimuleis, dijo Leonor. Todas hemos conocido que teneis ese libro. No puedo creer, despues de haberos manifestado los males que de ello podrian resultar, que querais retenerlo en vuestro poder ni un solo instante.

— ¿Y podeis creerlo, señorita? Sois excesivamente buena para figuraros que soy capaz de tanta delicadeza.

— Pero eso seria verdaderamente poca amabilidad, por no darle otra calificación.

— Si yo poseyera ese libro, tendria el mayor placer en hacerme merecedor de vuestros reproches. Un libro que os pertenezca ó á cualquiera de vuestras amigas, y que segun parece, contiene algo escrito por vuestra mano, ó cualquier otro recuerdo vuestro, podeis estar cierta que si cayera en mi poder no lo devolveria jamás, y si supiera que alguien lo posee se lo robaria. Si cae algun dia en mis manos podeis estar firmemente persuadida que lo aprenderé de memoria de la cruz á la fecha, y cuando tenga el gusto de veros, me apresuraré, para agradaros, á recitaros algun trozo.

Leonor dió un paso echando fuego por los ojos.

— Si hiciérais lo que os atreveis á decir, señor de Fink, exclamó, seria una infamia.

Fink, sin inmutarse, se contentó con sonreír.

— El fuego con que hablais os sienta á las mil maravillas. Pero ¿cómo quereis exigir que un alegre pajarillo como yo obre con dignidad? La naturaleza ha dispensado sus dones á cada cual de distinta manera. A uno le ha concedido el don de componer versos, á otro el saber hacer figuritas encantadoras, y á mí me ha dado un pico muy puntiagudo, y yo me sirvo de él. ¿Habeis visto jamás ningun canario que tenga un aire digno y grave?

Y cogiendo á Benno por el brazo, saludó riendo y se dirigió con él hácia la puerta para marcharse.

Leonor corrió al encuentro de Antonio.

— M. de Fink tiene el libro: se ha negado á devolvermelo; os suplico que hagais de manera que os le entregue. Es necesario que no se entere mas del contenido, eso causaria la muerte de Theone.

Antonio tomó á toda prisa su paletó y corrió al lado de Fink, que estaba ya en la calle.

— Antonio, nosotros vamos á casa de Feroni, le dijo Fink, dando siempre el brazo á Benno Tönnchen.

— Es necesario que hablemos á solas, dijo Antonio colocándose al lado opuesto.

— Ahora no puede ser, emisario del partido amarillo, exclamó Fink, yo no quiero tener nada que ver contigo.

— Te lo ruego, Fink, dijo Antonio estrechando á su amigo, devuelveme ese libro; esas pobres niñas están sufriendo angustias mortales.

— Está bien, dijo Fink.

— Ninguna de ellas pegará los ojos esta noche.

— ¡Tanto mejor! Tampoco los cerraremos nosotros. Que se vengan todas á casa de Feroni, si tanto sufren en la suya. Allí estaremos hasta mañana por la mañana. Y tú, Antonio, esta noche no te vas sin mí á casa. Es necesario que tú permanezcas á mi lado silenciosamente sufriendo un tormento cruel.

— ¿Qué historia es esa de ese libro de que hablais? preguntó Tönnchen cogido del otro brazo.

— No digas nada, suplicó Antonio en voz baja.

— Esa es una historia terrible, contestó Fink, ya te lo contaré todo.

— Por amor de Dios, cállate, continuó Antonio en el mismo tono.

— Obraré con arreglo á la conducta que tú observes, dijo Fink; si te vas, les leeré á los demás lo que contiene el libro.

Sosteniendo estos debates llegaron á casa de Feroni. Antonio consultaba consigo mismo si se arrojaría sobre Fink para arrebatárle el libro á la fuerza, pero no estaba seguro del buen éxito de su tentativa, viendo al mismo tiempo que aquella noche no se conseguiría nada, ni por súplicas ni ruegos. Solo la astucia podia sacarle adelante. Mientras ideaba alguna estratagemata, los demás jóvenes empezaban á reunirse en el gabinete del fondo, punto de reunion ordinario. Además de Antonio y Fink estaban allí Tönnchen y Zernitz, el pequeño Lauzan, uno de los Werner, un primo de la Baldereck (jóven de ojos grandes y saltones, designado en el libro con el nombre de *rana verde*), y dos de los Trouka.

— ¿Qué tomamos? preguntó Fink.

— Que cada cual tome su botella, contestó Zernitz.

— Nada de eso, dijo Fink.

— Solo os suplico que nos hagais gracia de vuestro borgeña blanco, exclamó Guido Trouka. Desde nuestra última sesion conservo todavía las venas hinchadas.

— ¡Bien! en ese caso bebamos vino de Canarias y *porter* (1) que hacen buena mezcla.

— Excelente, exclamó Lauzan, que conoció la intencion.

— Pero si esta es una bebida infernal, dijo lastimosamente Zernitz.

(1) Una de las clases de cerveza que se fabrican en Inglaterra.

— Hola, mozo, gritaron todos á la vez. Vino de Canarias y *porter*.

Entre tanto Antonio, apurado, recurrió á una medida extrema. Salió y gratificó al mozo, encargándole que celentara con exceso el gabinetito del fondo, sin hacer caso de las quejas de los concurrentes, y que pusiera continuamente combustible. El se colocó tan lejos de la estufa como era posible y vió con placer que Fink se habia puesto muy cerca del tubo. A no dudar, lo elevado de la temperatura le incomodaria muy pronto, se quitaria el abrigo, como de costumbre, cuando sentia demasiado calor, y en este caso era posible sacarle del bolsillo en su misma presencia el libro encarnado.

— Me tomo la libertad de haceros sabedores de un gran suceso, empezó á decir Tönnchen. Decidme, Fink, ¿habeis visto la Alice de Trouka?

— No, dijo Fink, echándose de beber; ¿es una yegua ó una mujer?

— Una yegua, eso no hay necesidad de preguntarlo, contestó Tönnchen.

— ¡Bah! despojaos por hoy de la chupa de jokey, dijo Fink.

— Pero es que esto es muy serio, repuso Tönnchen; Guido se ha inscrito para tomar parte en las carreras de caballos.

— Pagad una retractacion, Trouka, dijo Fink, y no os expongais. No hay caballo en el mundo que aventaje á Ajax.

— Ya vereis á mi Alice, repuso Trouka; tengo curiosidad de saber vuestra opinion sobre la potrilla.

— ¿Habeis visto la nueva *prima-donna*? dijo Zernitz á Antonio. Tiene unos ojos soberbios.

— Y una presencia magnífica, dijo el otro Trouka á Fink.

— Es el mas hermoso hocico de liebre, exclamó el jóven Baldereck con menosprecio.

— ¿De qué se habla ahora? preguntó Fink.

— De *Seppi*, una verdadera fealdad con ojos verdes, replicó Baldereck. ¿No vais nunca al teatro?

— No, contestó Fink, pero mando allá á mi palafrenero. Si teneis por allí algun trapicheo, podeis informaros de él.

Empezaba á calentarse la habitacion y Antonio conoció que era tiempo de acercarse á sus compañeros.

Rogó á M. de Zernitz que contara en el *patois* nacional una historia chistosa que el teniente le habia referido hacia pocos dias; se puso á reír estrepitosamente con Baldereck é invitó al mayor de los Trouka á que les relatara la aventura de la muerte de una liebre y de una becada, y al mismo tiempo cogió el cucharón y llenó los vasos.

El calor iba en aumento. Los jóvenes descontentos, se levantaron y llamaron al mozo.

— Eso pasará en seguida, contestó este.

— Pues yo no veo que haga tanto calor, dijo Fink tranquilamente; al contrario, que añadan leña.

Sin embargo, el calor se hacia insoportable. Los jóvenes se encolerizaron y llamaron al mismo Feroni. Antonio se opuso á que abrieran la ventana, porque á consecuencia del baile estaban todavia acalorados. Fink declaró que la temperatura era muy suave y no se quitó el abrigo.

Antonio, desesperado recurrió al último medio y se quitó el sobretodo para incitar á su amigo á que hiciera otro tanto. Fink imitó en seguida el ejemplo de Antonio, dobló su abrigo con cuidado, lo puso en el respaldo de la silla y miró sonriendo á su amigo que seguia todos sus movimientos con atencion.

— El libro no está en el sobretodo, le dijo últimamente Fink. Has trabajado en balde; imagina otra estratagemata.

Antonio abrió la ventana.

— Renuncio á mi empresa, eres demasiado ladino para que pueda cogerte desprevenido.

— Aguarda hasta el fin, dijo Fink.

Zernitz contó varios chascarrillos, Tönnchen refirió varias de sus aventuras con las bailarinas, el pequeño Lauzan se embriagó y Fink pegó sobre la mesa.

— Ahora préstame atencion. Yo queria ocultarle, pero á fe mia veo que es imposible; lo que en él se dice clama venganza.

Antonio se levantó de su asiento.

— Fink, te suplico que seas prudente.

— Silencio, fullero, dijo este. Escuchad, señores, he hallado un diario reservado del partido amarillo y le he hojeado.

— ¡Hurra! enséñanosle, dijeron todos á la vez.

— Hay en él ciertos versos, dijo Zernitz.

— Debe contener solemnes necedades, exclamó Tönnchen, en las que se revelen el talento y la travesura de esas jovencitas.

Antonio estaba furioso.

— En efecto, se dicen en él bastantes tonterias, y los versos me parecen malos... Decidme, Zernitz, ¿qué le habeis hecho á la jovencita Lara?

— Nada, dijo el teniente sorprendido; una ó dos veces he bailado con ella. Esto es todo lo que ha pasado entre los dos.

Adoptando un aire pensativo, Fink continuó:

— Eso me lo explica todo. ¡Pobre Theone! He leído una cancion que os ha compuesto. En fin, no os trata del todo mal, pero yo no hubiera imaginado jamás que se pueda hablar de un hombre con tanta exaltacion.

— Enseñádmela, enseñádmela, os lo ruego, dijo Zernitz ansioso.

— ¿Aquí, dijo Fink en tono de reproche, en presencia de esta reunion de locos? Si precisamente no habeis fijado vuestra atencion en Lara, que hoy en su angus-

tia me ha parecido encantadora, creo no teneis razon para profanar el purisimo sentimiento de esa pobre jóven.

— Es verdad, pero cuando estemos solos ya me lo enseñareis.

— Seguramente, contestó Fink. Ya sabeis que detesto á toda criatura cuyo vestido pase de la rodilla, y si alguna cosa me deja frio en el mundo, son los gobios fritos y las pollitas. Pero es necesario, en honor de la verdad, rendir homenaje á las señoritas que han redactado ese diario; son unas jóvenes recomendables y no se descubre en sus escritos la menor malicia.

Volviéndose hácia Baldereck, añadió:

— En cada página se menciona á vuestra prima con un afecto y una amistad que se puede decir que es tan tierna como merecida. A quien juzgan con mas severidad es á mi. Me designan con el pseudónimo de canario.

— Pues segun lo que decís, ese libro me parece singularmente fastidioso, dijo Benno Tønnchen.

— Sí, contestó Fink, á no ser que las opiniones de Hildegarda Salt respecto á vos os interesen.

— No deben ser muy lisonjeras, repuso Benno con cierta curiosidad.

— No, dijo Fink; habla de vos en un tono verdaderamente deplorable para vuestros amigos. Os califica de noble y silencioso. Vuestro rostro tiene, á los ojos de la jóven poetisa, el tipo de la edad viril. Sois para ella instruido, amable vivaracho, pero se pregunta si un hombre semejante no tiene demasiada superioridad para descender hasta una jóven sentimental. Ahora pregunto yo á todos vuestros amigos presentes, si se concibe que una señorita razonable como es Hildegarda Salt, pueda llevar su locura al extremo de adoraros en secreto; porque, querido Benno, confieso que sois pasablemente divertido despues de beber algunas botellas, pero si yo fuera señorita y tuviera que elegir mi bello ideal, elegiria mas pronto por ídolo á un *casca-nueces* que á vos.

Tønnchen hizo un gesto.

— ¿Se dice en ese libro algo respecto á nosotros? preguntó Werner, el cual tenia cuatro hermanas y era vecino de los Rothsattel. Su nobleza databa de poco tiempo, pero era rico y estaba celoso de las familias antiguas.

— Sobre vos no hay mas que dos palabras, contestó Fink, solo dos líneas.

Sacó el libro y se puso á hojearle, mientras Antonio apretaba los puños encima de la mesa.

— Por una desgraciada disposicion de la Providencia, Leonor ama y procura en vano ocultar los sentimientos de su corazón. El objeto de su amor pertenece al partido enemigo. O. Jorge W... aquí siguen puntos suspensivos y algunas admiraciones.

Fink cerró el libro y Antonio se calmó. Esto no debia estar en el libro, pero por otra parte veia que Fink estaba en continuo movimiento, señal infalible de que ideaba alguna maldad.

Zernitz dejó el vaso y exclamó:

— Es una indiscrecion por nuestra parte, hablar en este sitio de los sentimientos que hayamos podido inspirar á esas jovencitas.

— Soy de vuestro parecer, dijo Benno Tønnchen con calor.

— Yo tambien, dijo Werner.

— Es necesario poner un sobre á ese libro, cerrarlo y devolverlo, dijo Baldereck.

— ¡Qué inocentes sois! dijo Fink alegremente. Porque unas manos delicadas tocan ligeramente vuestras grandes y velludas cabezas, os dejais enternecer. Hubiera querido ver qué caras poniais si hubiese leído lo contrario en ese libro. ¡Eh, eh! ¿no hay ninguno de vosotros que haya leído á Shakespeare?

— La condesa Lara é Hildegarda, dijo Zernitz, tienen un corazón demasiado noble para escribir lo que vuestra maldad hubiera deseado.

— Leonor Rothsattel es altiva, dijo Werner, pero no tiene motivo para decir de mí mas que la verdad. Siempre la he considerado en mi interior como una jóven inteligente que merece en su dia encontrar un buen marido.

Fink hizo una señal de asentimiento, y luego levantando el libro en alto, miró al techo.

— ¡Por qué no me veré en el momento trasportado de esta tierra, llena de pecadores, á otras regiones en medio de seres mas perfectos! Soy un serafin, y nadie se apercebe de ello, nadie lo creará, en particular las mujeres. Toma, Antonio, recibe este libro. No he cedido ni al calor de la estufa, ni á la persuasion, ni á la fuerza. El libro que pongo en tus manos, estos señores le devuelven todos por su libre albedrío.

Antonio cogió el libro, corrió al despacho de Feroni y escribió un conciso billete:

«Fink ha leído algunas líneas, pero callará; nadie mas lo ha visto.»

Puso el billete y el libro bajo sobre que él mismo cerró, y le remitió al momento por uno de los criados de Feroni á casa de la condesa Lara, con la orden expresa, y las mas brillantes promesas en caso de ejecucion, de penetrar, á pesar de los serenos y de los criados, hasta dentro del santuario, es decir, hasta el dormitorio de Theone, donde, como él suponía con alguna razon, esta beldad derramaba torrentes de lágrimas al extremo de convertir sus largos y sedosos bucles negros en sauces llorones.

Al fin cesó la orgía. El calor de la habitacion, los vapores de la bebida espirituosa y cierto aire reflexivo que tomaron la mayor parte de los circunstantes, pusieron

fin á la sesion mucho mas pronto de lo que hubiera querido Fink. Tocó pues retirada, despertó al despensero que se habia dormido y dijo á Antonio:

— Paga el gasto.

Y saliendo con Antonio, le dijo:

— Tony, puedes estar tranquilo; creo que habrás comprendido que todo lo que he referido como si lo dijera el libro, no son mas que cuentos. A decir verdad, ha sido un tejido de mentiras que un enjambre de tortolillas no es capaz de inventar.

— Ya me he apercebido de ello, dijo Antonio encantado. En la próxima reunion, tus compañeros harán la corte asiduamente á esas señoritas.

— Yo quiero que uno ú otro acabe por casarse con la amante que yo le he regalado hoy. Es necesario que ahora me meta á casamentero.

Antonio vivamente picado se calló.

— Vamos, cálmate, continuó alegremente. Tú tambien consentirás en esos casamientos. Dime qué te parecen esos caballeros.

— Lo que me parece es que usan frecuentemente un lenguaje muy trivial, pero que tienen una seguridad y un aplomo que conservan hasta el desenfado.

— ¡Bah! dijo Fink, todos están vaciados en el mismo molde; habituados á vivir en la ociosidad y á recorrer las calles haciendo sonar los espolines, ofrecen en definitiva un ejemplo poco digno de imitacion cuando se quiere ser gracioso. Su libertinaje es tonto y su alegría causa lástima; dentro de algunos años serán insipidos y empalagosos. Tønnchen empezaba ya á ponerse alegre. No puedes figurarte cuánto deseo que le veas achispado.

— No hables de ese modo de tus amigos, dijo Antonio.

— ¡Ah, qué infeliz eres! Vamos, abre la puerta y devuélveme el bolsillo. Hoy has pagado todavía un crecido escote. Te ruego que no seas otra vez tan espléndido.

— Con lo que haces los humillas.

— No te inquietes por tan poca cosa, contestó Fink; como que me sirven de diversion, justo es que pague por ellos.

— En ese caso, espero que no pagarás jamás por mí.

— No, repuso Fink, tú tendrás el privilegio de ser tu propio cajero; me contento con que lleves en el bolsillo la llave de la casa, y que fumes un cigarro en mi cuarto mientras me desnudo. Pero á propósito, ¿qué hora es?

— Cerca de las dos, contestó Antonio como disgustado.

— Ahora de seguro que somos los últimos que nos retiramos. Cuando yo vine aquí, no se permitian en esta antigua casa semejantes desmanes. La primera vez que al amanecer metí en la cerradura esa gigantesca llave, temia que se me cayeran encima de la cabeza esas vetustas paredes. Ahora ya están todos acostumbrados, el principal, los criados y hasta el perro guardian. Frecuentemente me retiro tan tarde para turbar esa regularidad que desespera y que trasciende á comerciante de especias.

Hildegarda Salt, despues de haber pasado la noche llorando, empezaba á dormirse ya hácia la madrugada.

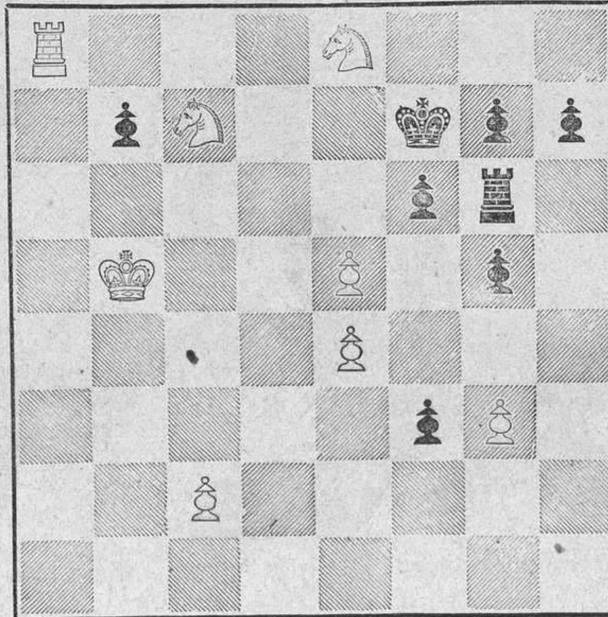
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 253.

- | | | | | | | | |
|---|----|----|----|-------------|---|------|----|
| 1 | A | 5ª | AR | jaque | R | toma | A |
| 2 | Rª | 4ª | CR | jaque | R | toma | Rª |
| 3 | C | 6ª | TR | jaque-mate. | | | |

PROBLEMA NÚMERO 254, POR M. BRAUNE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

cuando vino á distraerla una carta de Theone Lara. En la primera parte de la misiva, Theone habia pintado con su pluma de cuervo el triste pensamiento que la dominaba de que estaba de mas en este mundo, pero en la segunda parte felizmente habia un correctivo que lo destruía todo: invitaba á Hildegarda y á Leonor á que fueran á almorzar á su casa para celebrar el feliz hallazgo del diario.

En esta conferencia del terceto femenil, se agitó vivamente la cuestion de que su querido manuscrito habia sido profanado por la indiscreta mirada de un hombre. Era horrible pensar que Fink habia podido leerlo. Wohlfart le habia tenido tambien en su mano, y era de temer que le hubiese hojeado. Leonor estaba persuadida de lo contrario; pero Hildegarda sostenia que Wohlfart ante todo era hombre, y que no creia al mejor de ellos capaz de tanta discrecion. Despues de largos debates resolvieron hacer una prueba.

— Si ha fijado la vista en el libro, dijo Leonor, ha de haber leído el título.

— El título importa poco que lo haya leído, objetó Hildegarda.

— Pero yo le habia prohibido que lo abriese, dijo Leonor, y estoy segura que ni siquiera ha visto una página. Ya vereis cómo contesta á mis preguntas.

Cuando Antonio se presentó en la inmediata reunion, el corifeo del partido amarillo, acompañado de algunas de sus parciales, se adelantó á su encuentro. Leonor y sus amigos fingieron estar afectadas.

— ¡Ah! señor Wohlfart, ¿qué habeis hecho? El libro que remitisteis á Theone no era su diario; era la agenda desprendida de la cartera de uno de aquellos señores.

— ¿Cómo es posible? preguntó Antonio consternado. — En la primera página habia una nota del 29 concerniente á un frac, y otra del 30 referente á una botella de vino tinto y á unos espolines nuevos. Esta agenda no es lo que necesitamos.

Todas las amigas de Leonor movieron la cabeza y bajaron tristemente los ojos.

Antonio procuró disculparse diciendo:

— Pues Fink sacó del bolsillo del chaleco el librito encarnado, me lo entregó y le remití en seguida bajo sobre á vuestra amiga Theone.

— ¿Acaso Fink os habria entregado un libro por otro? prosiguió Leonor. ¿Por qué no lo habeis hojeado, ó á lo menos, no habeis leído el título?

— Yo no podia hacerlo habiéndoo ofrecido que no le abriria. Voy en busca de Fink para...

— ¡Aguardad un momento! exclamó Leonor.

Y volviéndose con aire de triunfo hácia sus amigas:

— Y bien, creo que os habeis convencido de que no ha abierto el libro.

Un no de admiracion salió de todas aquellas bocas.

— Quedaos, señor Wohlfart; el libro que nos habeis devuelto es el nuestro. Algunas de mis amigas dudaban que un hombre, aunque estuviese adornado de vuestras prendas, pudiera tener en sus manos nuestro libro sin leerlo. Yo he sostenido que érais capaz de hacerlo, y acabais de dejarme en buen lugar.

— Os doy gracias por vuestra noble confianza, exclamó Antonio lleno de gozo.

— Yo os creo capaz de todo lo bueno y noble, dijo Leonor mirándole con marcada satisfaccion.

Esta noche, como se puede suponer, hizo época en la reunion. Toda la noche, hasta el momento de bailar el cotillon, Antonio se vió rodeado de muchas señoritas del partido amarillo que le trataban con una tierna familiaridad, y cuando llegó la ocasion de distribuir los lazos de color, las solapas de su levita se vieron literalmente cubiertas de ellos, en disposicion de parecer por lo adornado á un general cargado de condecoraciones.

Pero todavía ocurrieron cosas mucho mas extraordinarias. El partido verde estaba á punto de disolverse. Zernitz, Jorge Werner y Lauzan no bailaron mas que con las jóvenes del partido amarillo. Hildegarda Salt pasó una media hora terrible al lado de M. Tønnchen, que durante un vals la trató con una cortesía verdaderamente caballeresca, y hasta se puede decir con cierto sentimentalismo, lo que no pudo menos de colocarla en el mas cruel embarazo.

Leonor tuvo que defenderse de los respetuosos ataques de Baldereck, de Jorge Werner y de Lauzan, que habian llegado á tener el convencimiento de que no era indigna de sus homenajes. La misma Eugenia se mostró este dia muy afectuosa con las afiliadas al partido amarillo; se cogió el brazo de Leonor, y al saludar á Theone, la abrazó imprimiendo ardorosos besos en sus mejillas. En cuanto á madama Werner, se sentó al lado de la baronesa de Rothsattel, le anunció que tendria el gusto de visitarla con sus hijas, y le pidió permiso para que Jorge las acompañara; además manifestó repetidas veces que sus hijas se tendrian por muy felices de poder continuar, en el próximo verano, las amistosas relaciones que las lecciones de baile habian establecido entre ellas y Leonor. Para abreviar, diremos que el aspecto de la reunion habia cambiado enteramente. A excepcion de las señoras verdes, irritadas por la infidelidad de los caballeros que les servian de pareja, todo el mundo estaba animado de los sentimientos mas afectuosos y apasionados hácia las jóvenes del partido amarillo. Estas no pudieron menos de experimentar cierta turbacion al observar el cambio que se habia operado en su posicion. Eugenia Baldereck era todo corazón para ellas, todos los caballeros del bando enemigo se mostraban seriamente solícitos en complacerlas; pero no gozaban sinceramente de su felicidad. Los remordimientos de sus conciencias las agobiaban demasiado, y al rededor de ellas, á cierta distancia, daba vueltas el

temible Fink, el hombre que todo lo sabia. Una sola palabra suya podia destruir el incomprendible encanto que las rodeaba.

Toda la noche se mantuvo á respetable distancia de las tres autoras del diario, y únicamente al terminarse la leccion de baile se acercó á Leonor.

(Se continuará.)

M. Dreyse.

El célebre inventor del fusil de aguja acaba de fallecer en Sommerde, su ciudad natal, cargado de honores y de riquezas por el gobierno que le debe, en gran parte, tan rápidos y brillantes triunfos.

Todo está dicho ya sobre las propiedades y los méritos del fusil de aguja, arma que adoptan á toda prisa las potencias europeas, y de la cual el fusil Chassepot no es mas que una imitacion perfeccionada. Lo que se sabe menos generalmente es cómo M. Dreyse tuvo la idea de su invencion.

Simple aprendiz de cerrajero, M. Dreyse, concluido su aprendizaje, dió una vuelta por Alemania y luego otra por Francia, donde segun ha confesado él mismo, llamó altamente su atencion la superioridad de los obreros franceses.



Dreyse, el inventor del fusil de aguja.

Trabajó pues en los talleres de los mejores armeros de Francia, y luego regresó á su pais llevándose el germen de su descubrimiento. Así fué fácil ver que habia aprovechado las observaciones recogidas durante su viaje, y principalmente las ideas de Pauly, Valhadon y Pottet, que habian propuesto y aplicado ya varias disposiciones adoptadas en el arma de nueva invencion. Sin embargo, M. Dreyse introdujo en su sistema las mas acertadas modificaciones, y gracias á la munificencia del gobierno prusiano, consiguió crear un modelo que reunia todas las condiciones requeridas para un arma de guerra y que se adoptó definitivamente en 1841.

Ennoblecido á consecuencia de la campaña de Dinamarca y habiendo llegado ya al apogeo de la fortuna, M. Dreyse no olvidó su humilde origen: *fac et spera*, tal era su divisa, á la que siempre ha sido fiel. Ocupado sin cesar en buscar mejoras y nuevas aplicaciones, habia imaginado recientemente un *cañon de aguja*, y un fusil enteramente metálico mas sólido que el arma actual, de un peso menor y de mas fácil manejo; comprendiendo la filantropía á su manera, soñaba hacer la guerra imposible á fuerza de perfeccionar los instrumentos que para ella sirven, y seguramente la realizacion de este programa habria sido la mas notable de las *maravillas* del fusil de aguja.

M. L.

LA ESCALA COLÉRICA.



Yo soy hombre de un carácter pacífico,

hasta un tanto bonachon;

pero cuando me enfadan,

cundo me irritan,



me atufo,

la sangre se me enciende;

y hago sentir la fuerza de mi puño...

Mas luego se me pasa.